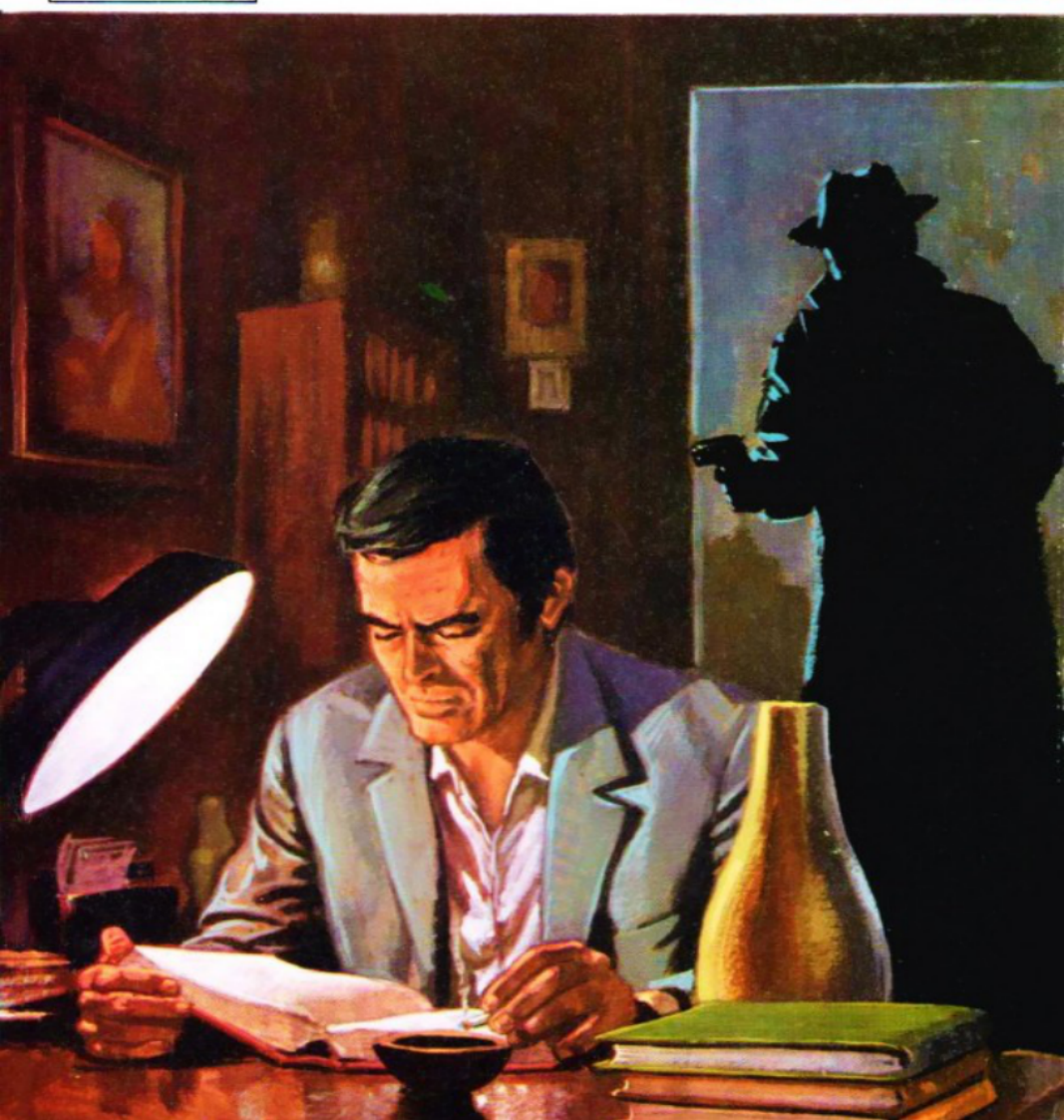


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

el libro de cuentas de la muerte

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL LIBRO DE CUENTAS DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 513
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 47.311 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972
sobre la parte literaria

© SALVADOR FABA - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.246 — Barro rojo, barro de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.108 — Cepo para un lobo.

En Colección BUFALO:

953 — La última prueba.

En Colección CALIFORNIA:

791 — Torrente de oro.

En Colección COLORADO:

748 — La ciudad comprada.

En Colección KANSAS:

712 — El maldito Turner.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

500 — Versos para matar.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

52 — Un camino para morir.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba guarecido en el quicio de un portal. Con el impermeable, de color oscuro, ocultaba el arma.

Tenía la vista fija en la silueta de una casa situada a unos doscientos cincuenta metros de distancia. Hacía una temperatura poco agradable, aunque no era un frío excesivo.

De cuando en cuando, el hombre, cuya silueta se confundía con la del portal de la casa, se frotaba las manos, para evitar que perdiesen demasiado calor. El arma, entonces, quedaba apoyada en el suelo y sujeta con las rodillas.

Un sombrero negro, de ala bastante ancha, cubría su cabeza y proporcionaba la suficiente protección a sus facciones. El cuello del impermeable estaba subido.

De pronto, se encendieron las luces de la casa.

El hombre se irguió. Un segundo después, sacó el arma de debajo del impermeable. Parecía un rifle corriente, pero, además del silenciador en el cañón, llevaba un extraño aditamento, con todo el aspecto de un reflector de automóvil, situado en el lado izquierdo, junto a la mira telescópica.

Un cable flexible unía el rifle a alguna parte del cuerpo del sujeto. En la calle reinaba un silencio absoluto.

El emboscado miró a través del visor. La puerta de la casa se abría en aquel instante, pero la luz de aquel sector estaba apagada y, a ojo desnudo, no se veía nada.

El dedo índice del emboscado empezó a curvarse en torno al gatillo. Súbitamente, ocurrió algo extraño.

La puerta en que él se apoyaba, se abrió de pronto.

Sonó una voz femenina:

—¡Corre, Jerry; él viene por la otra puerta!

Un hombre dijo:

—¡Maldición, vaya inoportunidad!

Jerry Stayner salió a todo correr, sin reparar en el sujeto que estaba emboscado. Tropezó con él y los dos rodaron aparatosamente por el suelo.

Stayner oyó una colérica blasfemia. Forcejeó para levantarse y vio a tres palmos de la suya una cara muy blanca, con unos rasgos extraños.

Pero Stayner no estaba para contemplar fisonomías ajenas. Poniéndose en pie de un salto, echó a correr hacia su automóvil, estacionado a unos cien pasos de distancia.

El desconocido se incorporó también, maldiciendo en todos los

tonos conocidos. Fallados sus propósitos, solo le quedaba el recurso de emprender la retirada.

—Tendré que esperar a otro día —se dijo.

Con el arma en la mano, corrió hacia su automóvil. En el momento en que se disponía a arrancar, vio venir hacia sí el coche de Jerry Stayner.

Frenó en seco. Stayner tuvo que dar un violentísimo golpe de volante para evitar la colisión. Aun así, no pudo evitar un roce entre los dos coches, que levantó chispas metálicas y provocó más maldiciones en el desconocido.

Stayner se alejó de allí a toda velocidad.

—¡Qué inoportuno, qué inoportuno! —se lamentaba una y otra vez. Pero luego se apostrofó a sí mismo, por no haber sido más cuidadoso en la elección de su pareja. De haber sabido que ella tenía dueño legal, jamás habría acudido a la cita que había terminado en una vergonzosa retirada.

★ ★ ★

Resoplando como una ballena al emerger, el teniente Creed, de la policía de Brereton Springs, llegó a la puerta que deseaba, y llamó con los nudillos.

Una voz femenina sonó al otro lado:

—Un momento, por favor; ahora mismo salgo.

Creed sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara y el cuello. La primavera había estallado súbitamente y en la calle hacía calor.

Se abrió la puerta. Una mujer de unos treinta y cinco años, guapa, vistosa, enfundado su cuerpo opulento en una bata escasa de tejido, apareció ante el oficial de policía.

—Ah, es usted, teniente —dijo.

La sonrisa se había borrado en el acto de sus labios espesamente pintados.

—¿Puedo pasar? —inquirió Creed.

—Bueno —Lena Landers se encogió de hombros—. Los compañeros inseparables del ser humano son la muerte y los impuestos; tarde o temprano, se tiene una cita con ellos. Pero aquí, en Brereton Springs, hay que añadir, además, a la policía.

—Las personas decentes no tienen que temer nada de nosotros, señorita Landers —dijo Creed en tono de reproche.

Ella cerró la puerta de golpe.

—¡Oiga, que yo soy una persona decente! —protestó.

—¿Seguro?

—Bueno, una vez tuve algo... Dos meses de cárcel. Pero no fue por nada malo, teniente; usted lo sabe bien. En cambio, mi ficha ha

quedado permanente en su maldito archivo...

—Lena —Creed apeó el tratamiento—, usted conoce demasiado bien los motivos de aquel arresto, así que no vamos a discutir más ese tema. Hablemos de otra cosa. De otro tema.

—¿Por ejemplo?

—Rosie Brook —dijo el teniente.

Hubo una pausa de silencio. Un poco nerviosa, Lena sacó cigarrillos y se puso uno en la boca.

Creed se lo encendió cortésmente.

—¿Y bien, Lena? —preguntó.

Ella expulsó el humo con fuerza.

—No sé nada, teniente —contestó.

—Pero Rosie era de... de su «cuadra», Lena.

—¡No! —dijo ella, con vehemencia.

—Lo fue en tiempos.

—Hace más de dos años. Desde entonces, no había vuelto a tener relación con ella.

—Lena, a Rosie le metieron un tiro en el corazón, y no es la primera chica que muere así. Hay quién dice que en Brereton Springs se está produciendo una epidemia de muertes de chicas alegres. ¿Qué opina usted?

—Leo los periódicos —respondió ella—. Pero solo conocía a Rosie. Sí, sé que han muerto tres mujeres más, pero, al menos, en apariencia, eran decentes. Ninguna estaba relacionada conmigo, créame; y menos que nadie, Rosie Brook.

Creed suspiró mientras se echaba su sombrero hacia el cogote.

—¡Cómo me gustaría echar mano a su archivo, Lena! —exclamó.

Ella se echó a reír, a la vez que extendía la mano burlonamente:

—¡Adelante! —invitó—. Sé que no trae orden judicial, pero le permito que registre mi casa por completo.

—No sea irónica, Lena; si lo hiciese, usted me demandaría luego. Pero un día vendré con ese mandamiento judicial, se lo aseguro.

Lena volvió a echarle el humo a la cara.

—No encontrará nada, porque para hallar mi archivo de direcciones, tendría que recurrir usted a un neurocirujano.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, sí. Sería preciso que me hicieran la trepanación —Lena se tocó la frente con el índice—. ¿No lo entiende? Es aquí donde tengo mi archivo, teniente.

Creed dio media vuelta.

—Lena, en su lugar, yo procuraría evitar otra clase de operación quirúrgica —aconsejó.

—¿Cuál, por favor? —preguntó ella, con insolencia.

—Amputación.

—¿Amputación?

—Sí, de la cabeza y a ras de los hombros, porque puede que es lo que consiga si persiste en su forma de actuar —vaticinó Creed lúgubrementes, instantes antes de abrir la puerta.

Lena se quedó muy preocupada.

—Amputación de cabeza... ¡Pero eso es decapitación! —chilló de repente.

Creed ya no la escuchaba; la puerta estaba cerrada.

★ ★ ★

Los dos hombres tenían la misma expresión común: serios y ceñudos, bajo los sombreros de corte inconfundible. Iban en el asiento delantero del automóvil, sin perder de vista al coche que les precedía.

Era un taxi y dentro del mismo viajaba una mujer. El taxi se arrimó a la acera de pronto y la pasajera se apeó, tras abonar el importe de la carrera.

Luego, con paso rápido y fácil, la mujer entró en el edificio frente al cual se había apeado. Era una muchacha joven, alta, esbelta, de pelo castaño y aire resuelto. Vestía un traje elegante, aunque no excesivamente lujoso, y la falda quedaba moderadamente corta a diez centímetros de unas bonitas rodillas.

—¿Adónde diablos va esa tonta? —masculló uno de los ocupantes del coche perseguidor.

—Me parece que ya lo sé —dijo el otro.

—¿Seguro, Alfie?

—Seguro, Rod. Esa chica va a casa de Jerry Stayner.

—El investigador.

—Justamente.

—Claro —dijo Alfie Hardney—, resulta enteramente lógico.

—Sí, pero al jefe no le conviene en absoluto —aseguró Rod Peal.

—Bueno, ¿y cómo lo evitamos?

Los ojos de Peal se fijaron en una cercana cabina telefónica.

—Ahora mismo lo sabrás, Alfie —contestó.

CAPÍTULO II

Sonó el teléfono. Jerry Stayner estaba dictando unas notas en una grabadora y suspendió la marcha del aparato.

Levantó el teléfono y dijo:

—Stayner. Hable, por favor.

—Hola, metomentodo —sonó una voz masculina, de tonos entre agresivos y burlones—. Va a recibir una visita. Le pedirán algo. Niéguese. Diga que no o le pasará algo desagradable.

Sonó un clic. Desconcertado en parte, Stayner contempló el teléfono.

Al cabo de un par de segundos, lo volvió a la horquilla. De súbito, se le ocurrió una idea y corrió hacia la ventana, situándose prudentemente a un lado.

Un hombre salía de una cabina telefónica en aquel instante. Aunque la distancia era algo excesiva, Stayner creyó reconocer algo familiar en el porte del individuo.

El interfono sonó de pronto. Stayner volvió a su mesa y tocó la tecla de contacto.

—Diga, Nancy.

—Señor Stayner, tiene una visita —anunció la secretaria—. Es la señorita Lou Light.

—Está bien, hágala pasar, Nancy.

—Sí, señor.

«Será curioso oír lo que tiene que decirme esa chica», pensó Stayner.

La puerta se abrió en aquel instante. Stayner parpadeó.

«¡Caramba, qué mujer!», se asombró mentalmente.

—Señor Stayner —saludó la visitante.

—Yo mismo, señorita Light. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Ella cruzó las piernas y sacó un cigarrillo. Stayner se apresuró a encendérselo.

—¿Y bien, señorita Light? —inquirió él, cuando la joven hubo encendido el pitillo—. ¿Cuál es su problema?

—Sybil Foreman, señor Stayner —contestó la joven.

—El nombre me suena, señorita. Pero no acabo de recordar...

—Sybil Foreman murió asesinada hace poco más de dos semanas. Todos los periódicos publicaron la noticia.

—Sí, ahora ya caigo. Pero, ¿qué quiere de mí?

—Simplemente una cosa: Investigue esa muerte y encuentre a los

asesinos.

Stayner se volvió a su mesa y levantó la tapa de la caja del tabaco.

—Señorita Light, ¿por qué me pide eso a mí? —preguntó.

—¿No es investigador privado?

—Sí, aunque me temo que usted no conoce la clase de investigaciones que yo realizo.

—Bueno, es como un detective...

Stayner se echó a reír, a la vez que se reclinaba en el sillón.

—Mis investigaciones son, por lo general, de tipo sociológico. Test de comportamiento social y colectivo y esas cosas. Agresividad humana, complejos sociales, violencia latente y demás. Cómo puede comprender, eso no tiene nada que ver con una investigación criminal —respondió.

La chica se mostró muy decepcionada.

—Oh, es que yo creí al leer su nombre en el directorio profesional que...

—Se equivocó y lo siento —dijo Stayner—. Tratándose de usted y de otro género de investigación, tal vez emprendería la tarea. Pero no un caso que compete directamente a la policía.

—Entiendo —contestó ella.

—¿Tiene usted mucho interés en el esclarecimiento de ese crimen? —preguntó Stayner.

—Bastante. Hay una importante suma de por medio... aparte de otros motivos muy personales, que prefiero callar por el momento.

—Una vez más, le repito que lo siento. Tenga paciencia, se lo ruego —aconsejó Stayner—. La policía de Brereton Springs es muy eficiente.

—Tan eficiente como para no descubrir al autor de las tres o cuatro muertes de mujeres jóvenes y bonitas como Sybil Foreman, producidas en el espacio de poco más de dos años —dijo ella.

Stayner se quedó parado.

—¿Está segura, señorita Light?

—No lo diría si no estuviese segura —respondió la joven. Stayner se pellizcó el labio inferior.

Ella agregó:

—Cuatro o cinco muertes de mujeres jóvenes y bonitas, ¿no es un suceso que podría calificarse de trauma social? —preguntó.

—Eh, eh, no me venga usted con sofismas. Tiene que ser obra de un maniático sexual, seguro.

—¿De verdad? Oiga, ¿sabe usted cómo murieron esas chicas?

—No recuerdo bien —declaró Stayner.

—Todas ellas, sin excepción, murieron de un balazo en el corazón. No había en sus cuerpos la menor señal de violencia sexual. La autopsia, además, aclaró que el proyectil había sido disparado desde una distancia no inferior a doscientos metros, probablemente a

doscientos cincuenta o un poco más. ¿Dónde está, pues, el maniaco sexual?

Stayner se quedó parado.

—¡Caramba, qué bien enterada está usted del caso! —se asombró.

Ella ruborizóse ligeramente.

—He hecho algunas investigaciones, pero, con franqueza, me falta experiencia —repuso—. Por eso vine a verle a usted...

—¿Qué me dice de la policía? —insistió Stayner.

—Ya han hecho todo lo que podían hacer.

Stayner la miró fijamente durante algunos segundos.

—Verá, señorita Light... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Louise, aunque todos me llaman Lou —aclaró ella.

—Bien, hay una circunstancia que me impulsa a ayudarla, aunque no prometa aceptar plenamente su caso. Pero me dará más detalles o no haré nada y, sobre todo, debe tener muy presente que no garantizo resultados.

—Usted lo conseguirá —afirmó Lou, con ojos muy brillantes.

—¡Hum! Mis estudios no se hicieron para descubrir asesinatos —alegó él.

—¿No es abogado? Eso siempre tiene relación con las infracciones de la ley, ¿qué es un asesinato?

—Sigue usted muy sofista, señorita Light. Lo que yo estudié, y conseguí graduarme, fueron Ciencias Sociales y Psiquiatría, que es muy distinto de la abogacía.

—¿Cómo distinto? ¡Mucho mejor aún, señor Stayner!

El joven elevó los brazos al cielo.

—¡Qué terquedad, señor, qué terquedad!

—Sí, terca, pero no empleo sofismas, pese a lo que usted dice. Un sofisma es un argumento disfrazado de veracidad... y mis argumentos son veraces siempre.

—Está bien, empecemos a hablar o no terminaremos nunca.

Un cuarto de hora más tarde, Stayner tenía algunos datos importantes en su poder, aunque estaba seguro de que Lou le ocultaba otras cosas. Pero con lo que había escuchado creía tener suficiente para iniciar su actuación.

Al terminar, dijo:

—Ahora, señorita Light, se va a quedar usted en mi oficina y permanecerá en ella hasta que yo se lo diga. ¿Entendido?

—¿Por qué? —se asombró ella.

Stayner se hallaba ya junto a la ventana. Oteó la calle un momento y luego regresó a la mesa de despacho, de donde tomó un objeto que metió en uno de sus bolsillos.

—Recuerde —dijo al salir—; quieta aquí hasta que yo le permita salir.

Momentos después, Stayner se hallaba a bordo del ascensor. Salió a la calle y caminó a pie unos doscientos metros.

Cruzó la calle y volvió sobre sus pasos. Los ocupantes del automóvil no se habían percatado de su maniobra.

Al llegar a la altura del coche, Stayner se inclinó y asomó la cabeza por una de las ventanillas.

—Hola, chicos —saludó jovialmente—. ¿Ven esto?

Los ojos de Peal y Hardney se desorbitaron al ver la bomba de mano que Stayner sujetaba entre sus dedos. Sonriendo amablemente, Stayner soltó la anilla de seguridad y dejó caer la bomba detrás del asiento delantero.

Hardney lanzó un chillido de pavor, abrió la portezuela y salió a escape, sin darse cuenta de que lo hacía por la parte de la calzada. Rod Peal escapó por el otro lado.

Un automóvil llegaba en aquel momento, y su conductor frenó en seco, aunque no pudo evitar un fuerte porrazo a Hardney, que lo tiró rodando por tierra. Peal había escapado como alma que lleva el diablo.

Tranquilamente, aprovechando la confusión producida, Stayner se acercó al automóvil y quitó la llave de contacto, que tiró al imbornal de una alcantarilla próxima.

Luego, recogió la granada de mano.

—Puede servirme para otra broma —se dijo.

Buscó una cabina telefónica y llamó a su oficina.

—Nancy, dígle a la señorita Light que ya puede marcharse.

—Sí, señor —contestó la secretaria.

Stayner permaneció cerca de su casa, hasta que vio salir a la muchacha. Lou tomó un taxi y Stayner adquirió la seguridad de que ella no era seguida.

Luego se dirigió en busca de ciertos informes que estimaba necesarios para su investigación.

★ ★ ★

La cara de Chet Hallomy se iluminó al reconocer a su cliente.

—¡Caramba, sargento! —exclamó—. ¡Cuánto de bueno por aquí!

—Hola, Chet —sonrió Stayner—. Tenía ganas de verte y... Pero no me llames sargento; hace ya ocho años que dejé el servicio activo.

—Bueno, es la costumbre —respondió Hallomy—. ¿Qué va a tomar?

—Ya conoces mis gustos, Chet. ¿Qué tal te va el negocio?

—No puedo quejarme, señor Stayner. Vivo bien y es suficiente, ¿no le parece?

—Estás en tu *aurea mediocritas*, y eso es siempre lo mejor del mundo, digan lo que digan, Chet.

Hallomy puso delante del joven un vaso con tres dedos de escocés y un par de cubos de hielo.

—¿Qué es eso de *aurea*...? Bueno, yo no entiendo el latín. Me parece chino —dijo Hallomy, con una estruendosa carcajada.

—Significa dorada medianía. Se tiene de todo, no falta de nada... y no hay agobios de pobreza ni preocupaciones de riqueza. Porque el dinero excesivo también preocupa, Chet —dijo Stayner filosóficamente.

—¡Hum! Permítame que lo dude —respondió Hallomy con cierto sarcasmo—. ¿Qué tal le va a usted en su... bueno, lo que ha dicho antes?

—No me falta el trabajo y tengo buena salud. ¿Se puede pedir algo más, Chet?

—Según usted, no. Le felicito.

—Gracias, Chet. Y ahora, hazme un favor.

—Sí, señor Stayner.

—Se trata de un tipo alto, cuadrado. El nombre es Alfie. Me parece que fue cabo vigilante de los calabozos, en nuestro calabozo. ¿Lo recuerdas?

—Demasiado —Hallomy torció el gesto—. Un tipo sádico. Tenía que terminar dónde está ahora.

—¿Puedo saberlo, Chet?

—Trabaja, es un decir, para un forajido cuyo nombre es Jus Melley y cuyo apodo es el de El Tonelada —contestó el dueño del bar.

CAPÍTULO III

La chica que cantaba no lo hacía mal del todo, aunque más bonitas que su voz eran sus pantorrillas, generosamente exhibidas. Había mucho público en el local denominado Melley's.

Una de las peculiaridades de la cantante —Stayner supuso que lo haría por intrigar al público—, era la máscara que cubría su rostro: un antifaz negro, con encajes del mismo color a partir de la nariz. A la gente le gustaba, observó.

La chica terminó su número y saludó un par de veces. Luego se retiró, escoltada por una ovación de moderada intensidad.

Stayner había tomado una mesa situada en un rincón discreto, desde el cual dominaba un excelente panorama del salón. A Stayner le intrigaba por qué un tipo como Jus Melley, *el Tonelada*, tenía que estar relacionado con las muertes de tres o cuatro chicas de vida más o menos dudosa.

Había hecho ya algunas investigaciones. Todas las mujeres asesinadas tenían una reputación poco agradable, si bien era preciso decir en su favor que sus acciones habían sido presididas siempre por la más exquisita prudencia.

Prácticamente, se podía decir que nunca se había sabido cuál era su «oficio», hasta después de su asesinato.

Como había dicho Lou Light, el maníaco sexual debía quedar descartado por completo. Un sujeto de semejantes características no asesinaba disparando un fusil o a doscientos cincuenta metros de distancia. Las víctimas de un maníaco sexual aparecían siempre muertas de un modo muy diferente.

«¿Entonces?», se preguntó.

Era un enigma... pero Lou le había pedido que investigase precisamente para ello: conseguir que el enigma dejase de serlo.

Un hombre entró en aquel momento, acompañando a una dama de unos cuarenta años, alta y opulenta, cubierta de joyas. El hombre, aunque elegante, era discreto en el vestir. Su aspecto, sin embargo, señalaba al próspero hombre de negocios, acompañado de una esposa vistosa y llena de orgullo por ser la compañera de un individuo tan sobresaliente.

Stayner conocía al recién llegado: Barton Gwern, industrial aficionado a la política. Se susurraba que se presentaría como candidato para el puesto de alcalde de Brereton Springs en las próximas elecciones.

Otro individuo apareció, dirigiéndose a los recién llegados, a los

que saludó con gran deferencia. Era un tipo menudo, medio calvo y de andares un tanto extraños.

«Juraría que lleva zapatos de medio tacón», se dijo Stayner.

Para suplir la deficiencia de estatura, naturalmente.

A poca distancia, vio a dos tipos conocidos: Hardney y Peal.

Hardney tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, una gran cruz de esparadrapo en la frente y se apoyaba en un bastón. Stayner sonrió al recordar la broma de la bomba de mano.

Mientras, el hombrecillo de los tacones hablaba con Gwern. Hizo una señal, acudió el maestresala y le ordenó que atendiese a los señores Gwern. Luego se retiró, reuniéndose con Hardney y Peal.

«Entonces —dedujo Stayner—, ese tipo enanoide es El Tonelada».

★ ★ ★

Stayner llamó a la puerta. Peal abrió segundos después.

—¡Usted! —exclamó, asombrado.

—Sí —confirmó Stayner, sonriendo—. Deseo hablar con el señor Melley.

—¿Quién es, Rod? —preguntó Melley desde el interior de su despacho.

—Stayner —repuso Peal hoscamente.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Puede pasar —accedió Melley al cabo.

Stayner cruzó el umbral. Melley le miró fríamente desde el otro lado de la mesa de trabajo.

—Lárgate, Rod —ordenó.

—Pero, jefe...

—Déjanos solos.

—Está bien.

Peal salió, no sin antes dirigir una mirada asesina a Stayner. El joven contestó sacando la lengua en son de burla.

—Hable, Stayner —invitó Melley secamente.

La puerta se cerró de golpe.

—La verdad es que no sé cómo empezar —dijo el visitante—. Estoy un poco sorprendido, si quiere que le diga la verdad.

—Sorprendido, ¿por qué?

—Bueno, yo me esperaba encontrar aquí a un terrible jefe de *gang*, a un facineroso de tremebundo aspecto y, en lugar de ello, me encuentro a un distinguido hombre de negocios. ¿No es para sorprenderse?

—Déjese de ironías, Stayner. Diga de una vez a qué ha venido.

El tono de Melley era hosco, cortante.

—Muy bien, se lo diré sin rodeos —contestó Stayner—. Se trata de Lou Light.

—¿Qué pasa con esa chica?

—Eso, ¿qué pasa?

El puño de Melley golpeó la mesa.

—¿Ha venido a burlarse de mí? —rugió.

—Oh, no, en absoluto. Lo que me trae a su despacho es enterarme de los motivos por los cuales la hace seguir usted por dos de sus más conspicuos empleados.

—¿Le importa a usted? —preguntó Melley fríamente.

—Mucho, muchísimo.

—Pero no es cuenta suya.

—Depende de las opiniones. La mía dice que sí, señor Melley.

—Creo que ya hemos hablado bastante, Stayner —respondió el hombrecillo—. Usted y yo estamos perdiendo el tiempo lastimosamente. ¡Adiós!

Pero Stayner permaneció inmóvil.

—¡Váyase! —dijo Melley, casi a gritos.

—Antes habrá de contestar a mis preguntas —insistió el joven.

—Escuche, o se va antes de diez segundos o haré que le echen a patadas del local. ¿Está claro?

Stayner dio media vuelta.

—Lo que no está nada claro es su negativa a contestar a mis preguntas —respondió por encima del hombro—. Las personas que no tienen nada que ocultar contestan siempre que se les pregunta algo.

—Yo, no —dijo Melley lacónicamente.

—A lo mejor tiene que ver algo con la muerte de Sybil Foreman.

Stayner había hablado mientras se volvía. Melley palideció.

—Sí, tiene algo que ver. Adiós —dijo Stayner, con la sonrisa en los labios.

Peal estaba en la puerta y le miró hostilmente.

—No vuelva más por aquí —aconsejó.

—Y usted, no siga más a Lou Light. La próxima bomba será auténtica y no de juguete —contestó Stayner sin amilanarse por el tono del sujeto.

Abandonó la parte destinada a servicios y llegó al salón. Allí se encontró con una conocida.

—Tú eres Jerry Stayner, alias Seso Veloz —dijo ella. El joven sonrió.

—Así me llamaban en los buenos tiempos de la Universidad —contestó—. ¿Cómo estás, Lena Landers, *Memoria de Elefante*?

La mujer hizo un gesto de indiferencia.

—¡Psé, ya ves, tirando! —contestó.

Estaban los dos sentados en sendos taburetes, junto al mostrador. Lena vestía exageradamente, mostrando buena parte de sus femeninos encantos. Era tres o cuatro años mayor que Stayner, quien contaba treinta y uno, y ya aparecían en ella visibles señales de tendencia a la obesidad.

No obstante, merced a la dieta, los masajes y la ortopedia, presentaba una figura todavía muy atractiva. A Stayner lo único que le desagradaba era el exceso de pintura en la cara.

—Así que tienes ahora una agencia de investigaciones sociales —dijo Lena, después del primer brindis.

—En efecto, y no puedo quejarme de cómo me marchan las cosas —contestó él.

—No te llamaban Seso Veloz por nada —sonrió la mujer—. Tenías una gran rapidez mental y una espantosa velocidad de deducción. Parecías una computadora humana...

—Las matemáticas no se me dieron nunca bien, Lena, recuérdalo —alegó él.

—Es lo mismo. En tu especialidad, tienes que ser muy bueno.

—Gracias. ¿Qué haces tú ahora? Si se puede saber, claro.

Lena se encogió de hombros.

—Tú ya sabes que no llegué a conseguir el título —dijo.

—Sí, lo recuerdo. Pero, ¿y tu memoria?

—Me cansé de estudiar o los estudios no eran para mí, a pesar de todo. Tuve varios empleos y los dejé sucesivamente. Después...

—¿Después, Lena?

Ella le miró maliciosamente, a la vez que le daba unas palmaditas en la mejilla.

—Vivo en Haybury Road, setenta y seis. Ven a verme, cualquier tarde. Por las mañanas, no; no me gusta madrugar. A partir de las tres, estaré siempre lista para recibirte.

—De acuerdo —dijo Stayner, mientras Lena se apeaba del taburete.

La mujer se alejó. Stayner la miró unos segundos y la vio detenerse a hablar con una chica que bebía sola en una mesa.

Alguien se le acercó de pronto.

—¿Tabaco, bombones, señor?

Stayner volvió la cabeza. Una encantadora vendedora, sucintamente vestida, le ofrecía la mercancía que transportaba en una bandeja.

—No, gracias, no necesito nada —contestó.

La chica insistió.

—Por favor, aunque nada más sea un paquete de cigarrillos...

Al mismo tiempo que hablaba, le guiñaba un ojo con gran rapidez. Stayner intuyó algo interesante y alargó la mano hacia la bandeja.

—Ese no —susurró la vendedora—. El de la esquina de la derecha... Sí, ese mismo... Gracias, señor; es usted muy generoso —dijo en voz

alta, al recibir el billete de cinco dólares que el joven había dejado caer sobre la bandeja.

Stayner tomó el paquete. Al tacto, notó que había un papel adherido a la cara no visible por los clientes.

Disimuladamente, dio vuelta al paquete. En efecto, debajo, pegado con un trozo de papel engomado, había una nota que decía:

«A las 0.300, Travis Street, 722, 9.º E. ¡No falte!»!

Stayner guardó los cigarrillos en uno de sus bolsillos. De pronto, a pocos pasos de distancia, oyó una voz de tonos broncos:

—¡Vamos, condenada zorra, lárgate ahora mismo de aquí o te echaré a patadas!

CAPÍTULO IV

Extrañado, Stayner volvió la cabeza.

Lena Landers estaba dos mesas más allá, junto a una pareja de tipos mal encarados, uno de los cuales era Rod Peal. La cara de Lena aparecía pálida de furor.

Peal agarraba a Lena por un brazo y la empujaba inexorablemente hacia la salida. Ella pareció resistirse un momento, pero acabó por claudicar y se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

Stayner dudó un momento. Pero no tardó en decidirse y siguió al trío.

La entrada al local estaba cubierta por una marquesina interior, muy amplia, semicircular, de la que pendían unos espesos cortinajes de terciopelo rojo. La puerta se hallaba al otro lado de los cortinajes, que constituían como una especie de vestíbulo, que quedaba aislado del local propiamente dicho.

Lena y sus acompañantes desaparecieron tras las cortinas, justo cuando llegaba Stayner. En el mismo instante Stayner oyó el chasquido de una bofetada, propinada con mano nada blanda, y un gemido de dolor.

Una voz masculina emitió una soez imprecación. Stayner abrió las cortinas.

Lena estaba sentada en el suelo, con una mano en la mejilla y las faldas en la cintura. El otro sujeto se inclinaba hacia ella.

—Si vuelves a venir aquí, te cortaré la cara, maldita...

—Dígame eso a mí, chico —pidió Stayner amablemente.

—¡Jerry! —exclamó Lena.

—Hola, preciosa —sonrió él—. Veo que estos rufianes te han acariciado la cara.

—¡Acariciar...! —bufó ella—. Por poco me vuelven la cabeza del revés, Jerry.

Peal chasqueó los dedos.

—Largo, Stayner —dijo—. Usted no tiene nada que hacer aquí.

—Sí —contestó el joven, impasible—. Tengo que hacer algo. ¿Cuál de los dos te ha pegado, Lena?

—Ese, Rufe Bayman —señaló ella con la mano al otro tampón.

—Sí, yo he sido —dijo Bayman, sacando mucho el pecho—. ¿Y qué, pasa algo?

—Le va a pasar, amigo —sonrió Stayner—. Perdome, ¿es usted el que se ocupa de reparar las lámparas del vestíbulo? Creo que hay una fundida...

Bayman picó incautamente y levantó la cabeza. El puño de Stayner entró en funciones.

Un cuerpo humano traspasó las cortinas y cayó rodando al interior de la sala, en medio del asombro de los circunstantes. Peal emitió un bufido de ira.

—Rufe es tonto. Pero yo...

Stayner no le dejó seguir hablando. Su puño derecho se disparó de nuevo y aplastó la nariz del sujeto, que empezó a sangrar inmediatamente.

El joven siguió atacando. Antes de que Peal pudiera reponerse, le asestó un formidable izquierdazo en el estómago, que lo hizo encorvarse sobre sí mismo, con la cara deformada por el dolor.

Peal quedó así en una postura ideal para rematar la obra. Stayner se situó lateralmente y empleó el pie derecho.

Otro cuerpo humano entró violentamente proyectado en la sala. Lena se había puesto ya en pie y contempló admirado a Stayner.

—Jerry, eres un verdadero demonio —dijo.

—Tal vez —convino él—, pero ahora, ganada la primera escaramuza, se impone una retirada estratégica. ¡Vámonos!

Salieron a la calle. Lena dijo que tenía su coche muy cerca de allí.

—Te acompañaré —se ofreció él.

—Gracias, pero ya has hecho suficiente. Te estoy muy agradecida, créeme.

—Tu agradecimiento podría incluir la explicación de los motivos por los cuales te expulsaron primero y te pega ron después.

Lena se mordió los labios.

—Lo siento, Jerry —contestó evasivamente.

—Pero, Lena...

—Por favor, no insistas.

El tono de la mujer era extrañamente desabrido.

—Si lo deseas...

Lena se detuvo de pronto junto a un aparatoso coche deportivo, de color rojo, con muchos adornos cromados.

—Es mejor que no bucees en mi vida —dijo, con los labios contraídos—. Tiene muy poco de ejemplar, Jerry. ¡Adiós!

Momentos después, el coche arrancaba con el estruendo de un automóvil de carreras. Stayner quedó en la acera, perplejo, con un cigarrillo entre los labios, desconcertado por la que entendía era incongruente actitud de una antigua amiga.

—Han pasado muchos años desde la Universidad y ella vive su vida ahora —se dijo, filosóficamente.

Luego consultó su reloj. Apenas eran las doce y media.

—Hasta las tres, me quedan ciento cincuenta minutos de espera —suspiró.

A las tres en punto, Stayner tocó el timbre de la puerta señalada con la letra E. En el centro, había una plaquita de metal, con el nombre de la ocupante del departamento: Della Court.

Sonaron tacones al otro lado. Alguien oteó por la mirilla.

Stayner oyó el ruido del cerrojo de seguridad al ser descorrido. Della abrió y le dirigió una brillante sonrisa.

—Celebro que haya venido —dijo, tendiéndole una mano—. Pase, por favor.

Della era muy alta incluso sin tacones. Ahora vestía una larga bata que le llegaba hasta los tobillos y su frondosa cabellera negra estaba suelta por los hombros.

—Me gusta ser puntual a las citas —contestó él—. Y más, cuando la hora se escribe de un modo poco normal.

—Ah —rio ella—, trabajé dos años como mecanógrafa en la Armada. En tierra, naturalmente. Pero pagaban poco.

—Y vendiendo tabaco y bombones en Melley's se gana más.

—Usted lo ha dicho —confirmó la joven—. ¿Qué quiere beber?

—Algo de escocés, no mucho, por favor.

—Está bien, Jerry.

—¿Quién le ha dicho mi nombre? —preguntó él.

—Una amiga común —sonrió Della, mientras preparaba la bebida, junto a una consola—. En cuanto a mi nombre, lo ha leído en la placa de la puerta, ¿no es así?

—En efecto.

Della se le acercó con un vaso en la mano.

—Bien —dijo Stayner—, ¿qué era eso tan importante que iba a decirme?

—Aguarde un momento, por favor. Voy a correr las cortinas. No quiero que nos vea nadie.

—¡Estamos en un noveno piso! —se asombró él.

—Las casas de enfrente están situadas a casi cien metros, pero se asombraría usted de la cantidad de tipos que tienen prismáticos, solo para sorprender a las chicas jóvenes cambiándose de ropa —contestó Della jovialmente—. Pero, además, hay otros motivos...

Della elevó los brazos para asir las cortinas de ambos lados y cerrarlas con un brusco movimiento. En el mismo instante, su cuerpo sufrió una espantosa convulsión.

Stayner percibió tres sonidos: el de un vidrio al quebrarse, otro más apagado, casi sin tono, y un tercero a un palmo a su izquierda, el inconfundible sonido del impacto de un proyectil.

Saltaron lascas de yeso de la pared.

Della lanzó un agudo gemido.

—¡Jerry!

El vaso se desprendió de los dedos de Stayner. Las rodillas de Della se habían doblado.

La joven seguía agarrada aún a las cortinas, esforzándose desesperadamente por no caer. De pronto, desfalleció y rodó a un lado, justo cuando Stayner la alcanzaba para socorrerla.

Los ojos de Stayner captaron la mancha de sangre que se expandía rápidamente entre los senos de la joven. Della le miró con expresión suplicante un segundo, pero casi enseguida, dobló la cabeza y se quedó inmóvil.

★ ★ ★

—No, no tuvo tiempo de decirme nada, lo he repetido mil veces —dijo Stayner malhumoradamente—. Cambiamos cuatro frases sin importancia y luego ella dijo que iba a correr las cortinas, porque no quería que fuésemos vistos. Eso es todo, teniente.

Los empleados de pompas fúnebres se llevaban ya el cadáver de Della. Un hombre se acercó a Stayner y al teniente Creed.

—Muerte instantánea —declaró el forense—. Perforación de corazón por un proyectil de alta velocidad, probablemente de calibre sesenta y dos. Blindado, además.

—Está bien, doctor. Envíeme el informe de la autopsia en cuanto lo tenga —contestó Creed.

El médico se alejó, meneando la cabeza.

—Cuatro chicas han muerto ya como ella —dijo—. Lea los informes anteriores; es todo lo que tiene que hacer, teniente.

Otro hombre llegó, con un pañuelo en el que se veía un trocito de metal.

—El proyectil, teniente —informó el sargento Simpson—. Atravesó limpiamente el cuerpo de la mujer y se clavó en la pared.

—A un palmo de donde yo estaba —dijo Stayner.

—Bien, sargento, llévelo a la sección de Balística —Creed se volvió hacia el joven—. De modo que ella no le dijo nada de importancia.

—No tuvo tiempo, teniente —respondió Stayner.

Creed hizo un gesto afirmativo.

—Su palabra es de fiar —admitió—. Sobre todo, después de la declaración escrita que ella dejó y que no tuvo tiempo de concluir. ¿Por qué no la terminó?

—Yo opino que estaba escribiendo cuando llegué a la hora en que ella me citó. Entonces, suspendió la escritura para abrirme.

—¿Le mencionó esa declaración?

—No, en absoluto, teniente.

Creed volvió a leer la cuartilla en la que Della Court había iniciado

una declaración, que la muerte había dejado inconclusa:

«Jerry, si me ocurre algo, quiero que sepa que me han matado por orden de...»

—¿Por orden de quién? —murmuró Creed.

Stayner no dijo nada.

Sin embargo, tenía la seguridad de que Jus Melley estaba muy relacionado con el asesinato de Della Court.

—Y el procedimiento es el mismo que se empleó para asesinar a las otras chicas —dijo Creed—. El tirador, hay que admitirlo, posee una puntería diabólica.

—Es cierto —convino Stayner.

—Pero en este caso, la silueta de Della se recortaba claramente en la ventana. Disponiendo de una mira telescópica, el tiro no presentaba ninguna dificultad. No obstante, todos los demás asesinatos se perpetraron en plena oscuridad... ¡y el asesino acertó en todos sus disparos! ¿Cómo pudo hacerlo? —exclamó Creed, muy perplejo.

Stayner se encogió de hombros.

—Lo siento, no se me ocurre nada —contestó.

CAPÍTULO V

Nancy, la secretaria, anunció a través del interfono:

—Señor Stayner, la señorita Light desea verle.

Stayner casi saltó en su asiento.

—Hágala pasar de inmediato, Nancy —ordenó.

Segundos más tarde, Lou entraba en el despacho, completamente enlutada. Stayner se asombró al verla con aquella indumentaria.

—Señorita Light —dijo.

—Vengo de los funerales de Della Court —declaró la joven.

—Oh, lo siento.

—Éramos muy amigas, a pesar de que nuestro trabajo era muy distinto —declaró Lou.

—Ella no me lo dijo. Claro que apenas tuvo tiempo de decirme nada. A los pocos momentos de mi llegada, la asesinaron.

Lou bajó los ojos.

—Es la quinta que muere en poco más de dos años —murmuró—. La última fue Sybil Foreman.

—Sí, ya me lo dijo usted. De modo que eran muy amigas.

—Bastante. Yo fui quien le dijo que hablase con usted la noche en que la asesinaron.

Stayner se quedó atónito.

—¿Quiere decir que...?

Lou sonrió tristemente.

—¿No vio a la cantante enmascarada? Miss X soy yo, señor Stayner —dijo.

—¡Caramba, vaya una sorpresa! No sabía que...

—Me anuncio así en los carteles publicitarios. He cantado bajo mi verdadero nombre y también con un seudónimo, pero me temo que no llegaré a deslumbrar al mundo con mi voz. La máscara es mi último intento de conseguir algo. Si no es así, tiraré la esponja.

—Comprendo y me gustaría que triunfase. Pero, dígame, ¿fue usted quien le aconsejó a Della que hablase conmigo?

—En efecto. Delia me dijo que tenía ciertos problemas. Yo me figuré cuáles eran, porque, en medio de todo, eran muy parecidos a los míos, y le dije que hablase con usted.

Stayner se reclinó en su sillón.

—Por lo visto, Della temía ser asesinada, aunque no lo dejó traslucir en los escasos momentos que estuvimos juntos. Incluso conocía el nombre de la persona que daría la orden de su muerte, pero no tuvo tiempo de decirlo. Ni de escribirlo.

—He leído los periódicos —dijo Lou—. Sé que dejó una nota escrita, aunque incompleta.

—¿Por qué no me retrasé yo solo veinte segundos? —se lamentó Stayner.

—Es verdaderamente lastimoso, desde luego —Lou inclinó de pronto el busto hacia adelante—. Pero ya que está muerta, debemos intentar que su asesino sea castigado.

—¿Lo conoce usted?

—No. Pero sí podría darle el nombre del que ordenó la muerte de Della.

—Bien, dígalo ya, por favor.

—Jus Melley.

—¿El dueño del...?

—Sí, el mismo.

—¿Pruebas, señorita Light?

—¿Hay pruebas de que ordenase también matar a Sybil Foreman? —contestó amargamente—. Lo sé, eso es todo.

—Bien, admitámoslo —dijo Stayner—. Ahora veamos una cosa: ¿Cuáles son los motivos de esas muertes?

Lou se puso colorada.

—La organización —contestó.

—¿Qué organización? —preguntó él un tanto ingenuamente.

—Use el cerebro, hombre. Melley ha montado una organización, Toda la que entra en ella, ya no puede abandonarla, y si lo intenta, muere.

—Sigo sin entender nada, señorita Light.

Lou elevó su mirada al cielo, como pidiendo resignación.

—Es una organización femenina —dijo.

—¿Cómo? —respingó Stayner.

—Ya lo ha oído —contestó Lou—. Explotan a las chicas, en el peor sentido de la palabra. Muchas acceden de grado; otras, a la fuerza, pero a ninguna se le permite abandonar la organización. Quien lo intenta, es asesinada.

—¿Cómo Sybil Foreman?

—Exactamente. Y también cuatro más, aparte de la última, Della Court.

—Y usted sostiene que Melley es el que ha montado la organización... y que ordena asesinar a la chica que quiere abandonarla y recuperar su libertad.

—Así es —confirmó Lou sin pestañear.

Los dedos de Stayner tablearon sobre la mesa. Durante unos segundos, reinó un profundo silencio en el despacho.

Al cabo, Stayner se decidió a hablar.

—¿Forma usted parte de la organización? —preguntó bruscamente.

—No —respondió Lou, con tajante acento.

—Pero está enterada de muchas de sus interioridades.

—Es natural. Sybil me contó muchas cosas, y también Della Court. Solían hacerme confidencias, cuando tenían ganas de desahogarse un poco.

—¿No le han hecho proposiciones para entrar a formar parte de esa organización?

—Por supuesto que sí, señor Stayner.

—Pero usted las ha rechazado siempre.

—Al principio, sí, y de forma contundente —respondió Lou—. Luego me di cuenta de que debía contemporizar un poco y decidí dar largas al asunto. Estoy tratando de ganar tiempo, simplemente.

—Comprendo. Esas proposiciones, ¿se las formuló Melley?

—Unas veces sí y otras veces su ayudante principal, Karman Carmann.

—Vaya un nombre —comentó Stayner—. ¿Sabe dónde vive Carmann?

—No, pero trataré de averiguarlo —contestó ella.

—Procure hacerlo y telefonee a mi oficina. ¿Qué aspecto tiene el tal Carmann?

—Es un tipo alto y muy apuesto, de pelo negro. Bastante atractivo, todo hay que reconocerlo. Pero es un canalla y un rufián de la peor especie.

—Desde luego. Haré lo que pueda, señorita Light.

—Le pagaré bien —prometió Lou—. No olvide que, además de este vergonzoso asunto, hay de por medio una importante suma de dinero.

Stayner asintió distraídamente. Al quedarse solo, pensó que el asunto se complicaba mucho más de lo que había pensado en un principio.

Casi lamentaba ahora haber aceptado el encargo de la muchacha, pero ya no podía echarse para atrás.

Tenía que seguir adelante hasta el fin.

★ ★ ★

Un agente de policía le introdujo en el despacho del teniente Creed. El oficial miró sorprendido a su visitante.

—¿Cómo está, señor Stayner? —saludó con toda cortesía—. Siéntese, ¿quiere?

—Gracias, teniente —Stayner cruzó las piernas después de haberse sentado y encendió un cigarrillo—. Me gustaría charlar unos minutos con usted, aun a riesgo de hacerle perder su valioso tiempo.

—No se preocupe y diga lo que le pasa —sonrió Creed.

—Lo que me preocupa es bien sencillo: cinco balas en cinco

corazones femeninos.

Creed torció el gesto.

—A mí me quita el sueño —confesó.

—¿No se le ocurre quién pueda ser el asesino?

—No tenemos la menor idea, ni siquiera una pequeña pista.

—¿Tampoco saben quién dio la orden de asesinar a las chicas?

—Sospechamos algo, es cierto, pero, ¿cómo probarlo?

—Por lo visto, Melley es un tipo muy escurridizo, ¿no? Creed pegó un bote en el asiento.

—Oiga, ¿quién le ha dicho...?

Stayner sonrió.

—Yo también tengo mis propias fuentes de información —respondió—. Por cierto, ¿qué me dice usted de esa organización femenina que Melley rige con métodos feudales?

—Está usted muy enterado de algunas cosas —dijo el policía.

—Pero no de todas. Por eso he venido a verle a usted.

—Doctor Stayner...

—Señor —corrigió el joven suavemente.

—Se graduó usted, *cum laude*, en Harvard. El título de doctor es legítimamente aplicable a usted —dijo Creed maliciosamente.

—Usted también sabe muchas cosas de mí, teniente.

—Es mi obligación, doctor. ¿Qué motivos tiene usted para interesarse tan profundamente en este caso?

—Mis títulos profesionales —era una respuesta evasiva, aunque también justificativa.

—Interés profesional, vaya.

—Justamente.

—En realidad, no hay una organización, sino dos. Claro que la más potente es la de Melley. Y también la más peligrosa, para las chicas que la componen, claro.

—Entiendo. ¿Quién dirige la otra organización?

—Una pájara de cuidado. Se llama Lena Landers.

Stayner se quedó inmóvil. Creed observó su asombro y sintió extrañeza.

—¿Le pasa algo, doctor?

Stayner meneó la cabeza.

—Nada. Me sorprendió que... una mujer dirija la otra organización. Eso es todo, teniente.

—Se dice de cierta profesión femenina que es la más antigua que se conoce de la mujer —dijo Creed sarcásticamente—. La profesión de alchahueta no le va a la zaga en cuanto a antigüedad.

—Sí, desde luego —Stayner se puso en pie—. Ha resultado una conversación muy interesante. Gracias por todo, teniente.

—Agradecido por su visita, doctor.

Stayner abandonó el despacho. Apenas hubo salido, Creed se inclinó hacia el interfono y llamó:

—¡Barclay!

—¿Teniente? —contestó un hombre casi en el acto.

—El doctor Stayner sale ahora de la jefatura. Sígale constantemente e infórmeme de sus movimientos. Ya le enviaré relevo.

—Bien, teniente.

Creed cerró la comunicación. En un principio, había sentido la tentación de prohibir a Stayner que hiciese investigaciones, pero el instinto de viejo policía le había dicho que de los movimientos del joven no podían salir sino beneficios positivos.

CAPÍTULO VI

Lena Landers estaba retocándose los labios ante el espejo, cuando oyó que llamaban a la puerta. Suspendió la labor y se dirigió a abrir.

La figura de un hombre alto y apuesto, elegantemente vestido, apareció de inmediato ante sus ojos.

—Vaya, quién condesciende a visitarme —dijo sarcásticamente—. ¿No se te ensuciarán los pulmones si respiras el mismo aire que respiro yo, Karman Carmann?

El visitante sonrió.

—Estás muy guapa, Lena —elogió—. ¿Puedo pasar?

—¿Me ocurriría algo si te lo prohibiese?

—Insistiría hasta ablandarte el corazón, hermosa.

La mano de Carmann fue a la mejilla de Lena, pero ella lo rechazó con brusquedad.

—No me toques, me das asco —dijo.

—Ahora opinas de modo muy diferente. Hace seis años...

—Hace seis siglos —dijo Lena cortantemente—. Está bien, entra, desembucha y lárgate. Tendré que fumigar el piso cuando te hayas ido.

—Me baño a diario —sonrió él.

—Lo que significa un aumento de contaminación en las aguas del río. ¿Qué quieres, Karman?

El hombre fue a un aparador y se sirvió una copa.

—Un pequeño favor, Lena, solo un pequeño favor —respondió.

—¿Veinticinco centavos para una taza de café y un bollo? —sugirió ella mordazmente.

—No seas cáustica, Lena, no soy tan pobre. Solo quiero una libretita que tú tienes, ya sabes a qué me refiero. Te pagaré bien, ¿comprendes?

Lena buscó cigarrillos.

—¿Conque era eso? —dijo.

—Sí, Lena.

Ella expulsó el humo. Luego se acercó al hombre y le quitó la copa, cuyo contenido apenas si había saboreado.

—Si quieres beber, que te invite tu amo —contestó—. Largo, Karman.

El hombre entornó los párpados.

—Eso significa que te niegas —dijo.

—En redondo —confirmó Lena.

—Está bien.

Carmann se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Es una lástima —dijo—. Iba a ofrecerte una buena suma.

—Sí, lo menos dos dólares. Fuera de mi casa, viejo zorro.

Carmann se marchó sin mostrar el menor enojo. Salió a la calle, caminó unos cien metros y se detuvo junto a un coche estacionado al borde de la acera.

—La gestión pacífica ha fracasado —dijo, inclinado junto a la ventanilla del conductor—. Ahora os toca a vosotros.

Rufe Bayman asintió.

—Descuide —contestó.

—Eso queda de nuestra cuenta —aseguró Peal con aire de suficiencia—. ¿Vamos, Rufe?

—Vamos, Rod.

★ ★ ★

—Otra vez llaman a la puerta —se dijo Lena irritadamente, al oír el timbre minutos más tarde.

Abrió. Una mano la empujó con fuerza hacia atrás.

—No grites, será peor para ti —dijo Peal.

Lena se tambaleó un poco, pero pudo recobrar el equilibrio. Con ojos inflamados por la cólera, miró a sus visitantes.

—¿Qué diablos queréis? —les increpó abruptamente.

Bayman era mucho más alto y fuerte que Peal. Enseñó la mano derecha y sonrió.

—¿La empleo otra vez? —preguntó.

Lena se puso pálida.

—No, tú no puedes...

—¡Espera! —dijo Peal de pronto—. Se me ocurre una idea mejor. Sujétala bien, Rufe.

Ella intentó escapar hacia las habitaciones interiores, pero una zarpa de dedos de acero la agarró por un brazo. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, Bayman se situó tras ella, agarrándola por ambas manos, a la vez que le hincaba una rodilla en la espalda.

Peal se situó frente a ella. Tranquilamente, le soltó los botones de la blusa, dejándole el pecho al descubierto. Lena le miraba con ojos de pavor.

Acto seguido, Peal sacó una navaja.

—Depende de ti, guapa —dijo—. Hay mucho sitio para cortar, ¿comprendes? y esta navaja tiene el filo como la de una de afeitar.

Gotas de sudor corrían por las sienes de Lena.

—Pero... pero, ¿qué es lo que queréis? —preguntó.

—La libreta —dijo Peal.

—No... no tengo ninguna libreta...

La punta de la navaja se apoyó en el centro del pecho femenino.

—¿Empiezo? —preguntó Peal sádicamente.

—Os juro que no tengo...

El filo de acero trazó un diminuto surco. Minúsculas gotitas de sangre empezaron a correr por la blanca piel de la mujer.

—¡No tengo ninguna libreta, lo juro! —chilló Lena, debatiéndose frenéticamente.

—¡Qué mujer más terca! —dijo Peal, simulando lamentarse. Y ya iba a continuar su tarea, cuando llamaron a la puerta.

Peal se volvió.

—Tápale la boca, Rufe —ordenó.

La manaza de Bayman cubrió en el acto la boca de Lena. Peal se fue hacia la puerta y oteó a través de la mirilla.

Una sacudida agitó su cuerpo de inmediato.

—¡El investigador! —exclamó.

—¿Qué hacemos, Rod? —consultó Bayman.

Peal dudó un momento. Luego dijo:

—Nos esconderemos en una de las habitaciones interiores. Lena, si le adviertes a ese tipo que estamos aquí, date por muerta. ¿Lo has entendido?

—Podríamos liquidarlo a él mejor —sugirió Bayman.

—Quizá sea la solución más acertada —concordó el otro rufián—. Vamos, Rufe.

Los dos hombres corrieron a esconderse. El timbre sonó de nuevo.

Lena se arregló el pelo rápidamente. Luego se abotonó la blusa. Por fortuna, el rasguño apenas se notaba. Había sido solo un acto de intimidación, se dijo.

Abrió. Stayner le dirigió una amplia sonrisa.

—¿Puedo pasar, Lena? —preguntó.

—Entra —accedió ella secamente.

Stayner se quitó el sombrero.

—Tengo que hablar contigo, Lena —manifestó.

—¿Ha de ser ahora, precisamente, Jerry?

—Siento molestarte, pero así es. Escúchame...

—Jerry, lo lamento infinito, pero en estos momentos no puedo atenderte. Haz el favor de volver en otro momento.

Stayner miró fijamente a la mujer.

—Por favor, Lena... —insistió.

—Te ruego que me dejes sola —pidió ella—. Tengo... estoy ocupada. Muy ocupada, créeme.

Hubo un momento de silencio. Luego, sin decir nada, Stayner giró en redondo y se dirigió hacia la puerta.

El opulento pecho de Lena subía y bajaba con gran rapidez. Se mordió los labios, tentada de pedir ayuda a su amigo, pero sabía que había dos pistolas apuntando hacia la sala.

Stayner cerró la puerta. Peal apareció, con la sonrisa en los labios.
—Lo has hecho muy bien —aprobó.
—¿Continuamos la sesión? —preguntó Bayman.
—¿A qué sesión se refieren ustedes, por favor? —sonó de pronto la voz de Stayner.

★ ★ ★

—¡Jerry! —gritó Lena.
Los dos hampones se habían quedado paralizados por el asombro. Stayner señaló con el pulgar hacia la puerta.
—Váyanse —indicó.
Peal y Bayman cambiaron una mirada.
—¿Vamos a dejar que nos eche? —preguntó el primero.
—Tengo ganas de desquitarme —manifestó Bayman.
Y avanzó hacia el joven.

El pie derecho de Stayner enganchó una silla y la lanzó contra las piernas de Bayman, quien trastabilló unos instantes. Stayner saltó velozmente hacia él, le agarró por las orejas y, con un movimiento casi simultáneo, a la vez que tiraba de Bayman hacia sí, golpeó durísimamente con la frente.

Bayman rugió, mientras se tambaleaba, ebrio de dolor. Stayner le golpeó en el cuello y el sujeto cayó de rodillas, medio ahogado.

Peal estaba paralizado por el asombro. Stayner no le dejó recobrarse y se le arrojó encima, agarrándole por la pechera de la camisa.

Su mano derecha se movió fulgurantemente. Peal emitió un hondo gemido cuando unos nudillos que parecían de piedra le partieron los labios.

Su sombrero voló por los aires. Stayner le agarró por el pelo y le dio un par de tirones, que le hicieron chillar de dolor.

Luego lo hizo girar en redondo y lo proyectó hacia la puerta. Peal se estrelló contra ella, rebotó y cayó sentado.

Stayner lo levantó a la fuerza. Abrió y lo expulsó de un feroz puntapié.

Bayman se levantaba entonces. Stayner empleó también la táctica de los tirones de pelo para sacarlo fuera del piso. Pese a su corpulencia, Bayman lloraba de dolor.

Stayner cerró y procuró normalizar su respiración. Lena le contemplaba con ojos desorbitados.

—Eres... eres un ciclón —dijo, pasmada—. ¿Dónde has aprendido tantos trucos?

—El Ejército enseña cosas muy interesantes. Solo es necesario mantenerse en forma, haciendo ejercicio un par de veces a la semana —contestó él, con brillante sonrisa.

—Ne... necesito algo de beber —confesó Lena, desfallecida—. Esos tipos me hicieron pasar un mal rato.

—Se advierte enseguida. Ponme otro a mí, por favor, Lena.

Ella llenó dos copas y le entregó una.

—Jerry, ¿cómo supiste que no estaba sola? —preguntó.

—Podría presumir de observador, diciendo que tenías la frente cubierta de minúsculas gotitas de sudor, lo que indicaba una fuente próxima de temor. Me habías dicho que me recibirías cualquier día a partir de las tres de la tarde y tu comportamiento no era lógico.

—Ellos me amenazaban...

—Y uno estaba escondido tras las cortinas, pero sus pies asomaban por debajo —sonrió Stayner.

—Eso lo explica todo —dijo Lena.

—Todo no, querida.

Ella le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Muy sencillo. Deseo que me facilites detalles de tú... organización —manifestó Stayner.

CAPÍTULO VII

Lena guardó silencio unos momentos, mientras se volvía hacia la ventana.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —preguntó.

—¡Bueno, no se puede decir que me sienta satisfecho de lo que haces! —respondió Stayner—. Pero eso es lo de menos ahora. Lena, ¿cómo te dedicaste a este infamante negocio?

—Qué sé yo —murmuró ella amargamente—. Se empieza en broma y... Bueno, luego vi que podía ganar más dinero...

—¿Cómo empezaste, Lena?

—Hace algunos años, yo estaba empleada como *barmaid*. Tenía un conocido, que solía venir algunas veces a verme. Era un hombre de negocios y deseaba diversión después de su trabajo. Un día me dijo que se sentía muy solo y que necesitaba compañía... en el mejor sentido de la palabra. Femenina, por supuesto. Yo tenía una amiga y la llamé por teléfono. Ella accedió, y a los pocos días, me entregó cien dólares. Me dijo que ese hombre le había hecho un valioso regalo y que lo que me daba era una especie de comisión.

—Y añadió que cuando se te presentase una ocasión análoga, volvieses a llamarla —adivinó Stayner.

—Exactamente. En la barra se conoce a mucha gente. Esa chica tenía otra amiga y...

—Voy comprendiendo. Así llegaste a crear una cadena.

—En efecto. Casi sin darme cuenta, tenía ya mí... organización. Todo lo hago por teléfono, ¿comprendes?

—Sí, ya entiendo —dijo Stayner—. Pero, ¿qué pretendían esos tipos? Por lo que yo sé, trabajan para Melley y este tiene una organización semejante.

—Así es, Jerry. Quieren quedarse con el monopolio de ese negocio.

—Un inmundo negocio, todo hay que decirlo.

Lena se encogió de hombros. Luego apuró su copa.

—La vida es así, no hay que darle vueltas, Jerry —contestó cínicamente.

—Esa es una respuesta con la cual intentas tranquilizar tu conciencia, pero sabes de sobra que no es como dices.

—No te hagas el moralista...

—Digo la verdad, aunque tú no quieras admitirla. Pero ya tienes los años suficientes para saber lo que te haces, Lena. Ahora, dime, ¿a qué vinieron esos tipos aquí?

—Primero estuvo Carmann, el secretario y mano derecha de

Melley. Fue una visita exploratoria, muy cortés. Como me negué a su petición, envió a esos dos rufianes.

—Bueno, pero, ¿qué es lo que pedían?

—Una libreta, con las direcciones de las chicas.

—Y se la has negado.

—¡Claro! Esa libreta no existe más que en su imaginación, Jerry.

Stayner la miró asombrado.

—Lena, no te burles de mí...

—Jerry, Jerry, recuerda los viejos tiempos de la Universidad. ¿Es que ya no te acuerdas de que me llamaban Memoria de Elefante?

—Oh, es cierto —exclamó él—. Leías una página cualquiera de un libro y podías recitarla inmediatamente, sin omitir una sola coma.

—Justamente. Jerry, aún conservo mi buena memoria.

Stayner meneó la cabeza.

—Posees unas facultades portentosas... y has tenido que acabar en este denigrante oficio —dijo con acento de reproche.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Lena, voy a darte un consejo —dijo.

—Sí, Jerry.

—Vete de Brereton Springs. Abandona la ciudad una temporada.

Stayner salió. Lena se quedó muy preocupada.

Era fácil comprender el significado del consejo.

—Sí, creo que me iré —murmuró, muy preocupada.

★ ★ ★

Jus Melley contempló con ojos de lástima a sus dos subordinados, situados frente a su mesa. Carmann estaba a la derecha.

—Pareja de imbéciles —masculló Melley, conteniendo difícilmente la ira—. De modo que todo eso es lo que han sabido hacer.

—Jefe, el tipo aquel intervino de pronto...

—Cállate, estúpido —dijo Melley, interrumpiendo a Bayman—. Karman, ¿cuál es tu opinión?

—¿Sincera?

—Sí.

Carmann se contempló las uñas un instante.

—Es preciso darle una lección —contestó—. Definitiva.

—¿A Lena Landers?

—Sí.

La mano de Melley se acercó al teléfono.

—Llamaré a...

—No, jefe.

Carmann y Melley se contemplaron un instante.

—Cambie de método —dijo el primero—. Al menos, por esta vez.

—Está bien. ¿Qué me sugieres?

—Déjelo de mi cuenta. Lena no quiere entregar su libreta, pero, si ella desaparece, ¿qué harán las chicas de su organización?

Melley sonrió satisfecho.

—Tienes razón —dijo—. Vendrán a nosotros.

—Exactamente. Y, de momento, habremos eliminado la competencia.

—Pero luego habrá que buscar esa maldita libreta. La necesitamos.

—Entonces, nos sobrará el tiempo. Déjelo de mi cuenta, repito —contestó Carmann.

El teléfono sonó de pronto. Dio tres timbrazos y se calló.

Melley agitó una mano.

—Salgan todos —ordenó.

Carmann no dijo nada. Sabía que los tres timbrazos eran una contraseña.

Alguien llamaba a su jefe. Melley, en apariencia, era el jefe de la organización, pero había otro por encima.

Un día, se prometió, lo averiguaría. Resultaría interesante... y productivo.

Cuando salía, oyó de nuevo el timbre del teléfono. Hubiera dado algo bueno por escuchar la conversación que su jefe mantenía con el misterioso personaje.

★ ★ ★

—Así que trataron de torturar a su amiga —dijo Lou.

—En efecto —contestó Stayner—. Ella dirige una organización rival.

—Pero, ¿qué es lo que pretendían?

—Señorita Light, esa clase de negocios no se dirigen sin un cuaderno de direcciones. Ahora bien, lo que los hombres de Melley ignoran es que Lena Landers posee una memoria fotográfica. Es un caso excepcional y de ello tuve yo buenas pruebas cuando estábamos en la Universidad.

—Ah, no sabía que hubieran estudiado juntos.

—Bueno, en realidad ella iba dos cursos más adelante, pero era una muchacha alegre, divertida, tremendamente atractiva y que nos subyugaba a todos.

—¡Y todos estaban locos por ella!

—Más o menos —admitió Stayner, sonriendo.

—¿Qué le pasó luego? Quiero decir, ¿por qué dejó la Universidad?

—Señorita Light, cada ser humano es un universo. Muchas veces no es posible encontrar las motivaciones de los actos. Ya ve, Lena parecía buena, atenta, amable, servicial... y ahora...

—Sí, la vida da esos cambios a veces. De modo que ella no tiene la libreta que buscaban los esbirros de Melley.

—No. Su memoria es su archivo.

—Comprendo. ¿Qué va a hacer ahora Lena?

—Le aconsejé que abandonase la ciudad durante una temporada. No sé si lo hará.

—Si es tan terca como usted dice...

—Pero también es sensata. Y este incidente me ha dado una idea, señorita Light.

—¿Interesante?

—Yo creo que sí, aunque todo depende de su colaboración.

—¿Tengo que ayudarlo? —preguntó Lou, extrañada.

—Si no le molesta...

—Depende de lo que tenga que hacer —dudó la joven.

—Escuche, Melley no tiene la memoria de Lena. Por tanto, necesita una libreta de direcciones.

—Sí.

—Usted podría tratar de ver dónde la guarda. Si lo averigua, no haga nada. Límitese a informarme. ¿Entiende?

—Sí, señor Stayner, pero, ¿cómo lo haré?

—Bueno, use su propia discreción. Pero, sobre todo, tenga cuidado. Retroceda al menor síntoma de peligro. ¿Me comprende?

—Sí, señor Stayner.

—Hay una cosa que deseo preguntarle, señorita Light. ¿Era muy importante la suma de dinero relacionada con Sybil Foreman?

—Según se mire. Para mí, sí es una suma importante. Setenta y cinco mil dólares —contestó Lou.

—No está mal.

Stayner colgó el teléfono. La conversación se había desarrollado por este medio.

Siguió trabajando en un asunto que tenía pendiente. A los pocos minutos, llamó alguien.

Stayner levantó el aparato y pronunció su nombre.

Lena Landers dijo:

—Adiós, Jerry.

—Te marchas —exclamó él.

—Sí, creo que tu consejo me conviene. Gracias, Jerry.

—Preferiría que me las dieses por otro motivo, Lena.

—¿Cuál, Jerry?

—Me acuerdo de una chica de la Universidad, alegre, simpática, atractiva y que era el ídolo de todos los muchachos. Aunque han pasado ya doce largos años, me gustaría que, dentro de los cambios impuestos por la edad, volviesses a ser la misma.

La voz de Lena tembló ligeramente.

—¿Quién sabe, Jerry? —contestó—. Adiós.

—Suerte, Lena —le deseó Stayner.

Colgó el teléfono lentamente. Le gustaría tener un día mejores noticias de Lena, se dijo.

CAPÍTULO VIII

Lena Landers agarró su bolso y se dirigió hacia la puerta. Las maletas estaban ya en el coche. El conserje del edificio se había ocupado de la tarea.

Dentro del bolso, Lena llevaba unos cuantos miles de dólares. La conversación con Stayner, aunque breve, la había dejado profundamente preocupada.

¿Debía cambiar de vida? ¿No era ya demasiado tarde?

Treinta y cinco años no se podía llamar vejez, precisamente. Y todavía tenía mucho que admirar en lo físico.

Sí, había sido una época en su vida de fáciles ganancias, pero ahora se daba cuenta de que, tarde o temprano, tenía que acabar mal. Se iría muy lejos, ya tenía elegido el lugar... y con sus facultades nemotécnicas, podría probar fortuna. No tardaría en encontrar un empleo bien retribuido y, sobre todo, seguro.

Llegó a la calle, insertó la llave de contacto en el alvéolo correspondiente y dio media vuelta. El motor arrancó satisfactoriamente a la primera.

Lena embragó y manejó la palanca de cambios. El coche se separó de la acera.

Otro coche, de color gris acero, grande, arrancó casi al mismo tiempo. Durante el primer tramo del trayecto, los dos vehículos atemperaron su velocidad a la espesa corriente de tráfico.

Poco a poco, ganaron los suburbios. Lena orientó su coche hacia una autopista rápida. El coche de color gris la seguía puntualmente, a unos ciento cincuenta metros de distancia.

En su interior viajaban tres hombres. Bayman iba al volante.

Carmann y Peal viajaban en el asiento posterior. Carmann tenía sobre las rodillas una caja negra, con una pequeña antena.

En la cara superior de la caja había un botón de color rojo. Carmann tenía los ojos fijos en el coche deportivo.

El tránsito se aclaró paulatinamente. Los coches circulaban a gran velocidad.

Un puente de treinta metros de altura se divisó a lo lejos. En los labios de Carmann se formuló una diabólica sonrisa.

—Va a ser un divertido espectáculo —dijo.

Lena se acercaba al puente a ciento cuarenta kilómetros por hora. Cuando iba a entrar, Carmann presionó el botón rojo.

Una onda de radio se disparó y accionó una espoleta. La carga explosiva se inflamó.

Estaba situada junto a la rueda delantera derecha. Lena lanzó un espantoso chillido.

La rueda saltó. El coche, impulsado por la inercia, se desvió en un ángulo de sesenta grados, chocó contra el parapeto, haciéndolo volar en pedazos, atravesó el hueco y saltó al vacío, dando volteretas.

El impacto se produjo treinta metros más abajo. Se oyó un ruido espantoso y brotó un chorro de llamas, que se multiplicó instantáneamente en un volcán de fuego al incendiarse el tanque de combustible.

Bayman detuvo el coche. Los tres, en unión de algunos otros automovilistas, corrieron hacia la brecha abierta en el parapeto.

El coche deportivo ardía en pompa. Un cuerpo humano, retorcido, yacía a varios metros de distancia.

—El golpe la despidió fuera —dijo uno de los testigos.

—Iba a ciento cuarenta o más —aseguró otro.

Carmann y Peal intercambiaron una mirada. En los ojos del primero lucía un resplandor de triunfo.

Se oyó a lo lejos una sirena policial.

—Vámonos —dijo Carmann—. Nosotros ya no podemos hacer nada por esa desdichada.

Reanudaron la marcha a moderada velocidad. Un poco más adelante, Peal formuló una pregunta:

—¿Qué piensa hacer ahora, señor Carmann?

—Algo muy interesante, para lo cual no necesito ayuda —contestó sibilinamente el interesado.

★ ★ ★

Karman Carmann abrió la puerta del piso y escuchó atentamente. Una risita nerviosa brotó de su garganta.

—No sé para qué me molesto en escuchar —dijo—. No hay nadie...

Tanteó la pared y halló el interruptor de la luz. Sin volverse siquiera, cerró la puerta y avanzó unos pasos.

Alguien habló a su espalda:

—Se equivoca, Carmann, no está solo.

Carmann se inmovilizó en el acto. En la misma postura, dijo:

—¿Stayner?

—El mismo.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Llevo una pistola —advirtió Carmann al cabo.

—Yo también.

La frente del forajido se cubrió de un sudor frío.

—Vuélvase —ordenó Stayner.

Carmann giró lentamente, con las manos en alto. Sus ojos captaron

la imagen de la pistola que Stayner tenía en las manos.

—¿Qué... qué es lo que pretende? —preguntó dificultosamente.

—He leído los periódicos. Lena Landers ha muerto.

—Fue un accidente —alegó Carmann.

—Eso es mentira.

Más sudor brotó de la frente de Carmann.

—La investigación policial...

—Testigos presenciales han dicho que se desprendió la rueda delantera derecha del automóvil. Sé que Lena lo hacía revisar con frecuencia. Es un accidente posible, pero impensable en sus circunstancias.

—Aunque así sea, yo no...

—Carmann, en cuanto conocí la noticia de la muerte de Lena, supuse que alguno de ustedes vendría a esta casa, sobre todo, después de lo que ocurrió anteayer en este mismo lugar. Mis suposiciones se han visto confirmadas. Lo cual —remató— descarta por completo toda posibilidad de accidente.

La nuez de Carmann subió y bajó un par de veces.

—E... está bien. ¿Qué es lo que quiere, Stayner? Si se trata de dinero...

Stayner le miró despreciativamente.

—Usted es de los tipos repugnantes que creen que el dinero lo arregla todo —contestó—. Es algo muy valioso, ciertamente, pero, a partir de una cifra, puede convertirse, incluso, en un estorbo. Por lo menos, para determinada clase de personas, entre las cuales, naturalmente, no figura usted.

—Bien, lo mismo da. ¿Por qué no hablamos claro de una vez, Stayner?

—Estupendo. ¿Quiere que le diga a qué ha venido aquí Carmann?

El rufián recobraba la calma poco a poco.

—Se lo ruego —contestó.

—Usted ha venido a buscar cierta libreta de direcciones que, puedo garantizárselo, no ha existido jamás —aseguró Stayner rotundamente—. Usted no conocía a Lena y yo sí, y por ello puedo afirmarlo. Lena Landers poseía una memoria fotográfica. Estudiamos juntos en la Universidad, ¿lo sabía usted?

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó Carmann irónica mente.

—A Lena la llamábamos todos Memoria de Elefante. Por eso no necesitaba libreta de direcciones, porque todas las guardaba en su cerebro. Carmann, ha cometido usted un asesinato perfectamente inútil.

CAPÍTULO IX

El silencio se hizo después de las últimas palabras del joven.

Carmann se sentía anonadado. Poseía la suficiente perspicacia para juzgar la sinceridad de una persona y, en aquellos momentos, Stayner era sincero.

—De modo que jamás hubo libreta —murmuró.

—No. Nunca —insistió Stayner.

Carmann se irguió.

—Bien, ¿qué es lo que quiere ahora?

—Respuestas a preguntas, Carmann.

—No contestaré —dijo el sujeto orgullosamente.

Hasta aquel instante, Stayner había permanecido sentado en un sillón. Sin perder la calma, se levantó y arrojó su pistola hacia Carmann.

—Es de imitación —dijo.

Carmann lanzó un rugido de ira, al comprender la burla de que había sido objeto. Enfurecido, se arrojó contra Stayner, pero inmediatamente salió despedido por los aires al recibir un derechazo en la mandíbula, que lo lanzó a cuatro o cinco pasos de distancia.

Aturdido, semiinconsciente, logró sentarse en el suelo.

—Quiero respuestas, Carmann —repitió Stayner—. Y la primera de ellas consiste en el nombre del sujeto que mató a Sybil Foreman y a Della Court.

Carmann sacudió la cabeza. De pronto, metió la mano en el interior de su chaqueta.

—Mi pistola no es de imitación —bramó.

La puntera de un zapato le golpeó despiadadamente en la mano.

Sonó un frenético chillido de dolor.

—¡El nombre del asesino! —exigió Stayner.

—No... No lo sé...

Stayner se inclinó sobre el sujeto y le golpeó dos veces en la cara, con la palma y el revés de la mano, sujetándolo en vilo. La cabeza de Carmann osciló con violencia a ambos lados.

—Hable —insistió Stayner.

—Le... le aseguro que... que no lo sé...

Stayner dudó un instante. Luego, de repente, echó el brazo derecho de Carmann a la espalda y lo empujó hacia la ventana.

—Hay doce pisos —señaló—. ¿Quiere recorrer esa distancia sin el ascensor?

Carmann sudaba agónicamente.

—Le digo que es cierto...

—¿Lo conoce Melley?

—No... Creo que no, aunque no estoy seguro... Es un asunto que él y su jefe llevan personalmente...

Stayner respingó.

—¿Cómo? ¿Hay alguien por encima de Melley? —dijo.

—Sí... pero no sé quién es... Melley nos hace salir de su despacho cuando tiene que hablar con él por teléfono...

—Pero Melley debe conocer el nombre del asesino.

—Le aseguro que no lo conoce.

—Usted lo sabría en tal caso, ¿verdad?

Carmann hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, fue ese asesino profesional el que preparó la trampa en el coche de Lena —dijo Stayner.

Carmann juzgó prudente cargar el hecho a otro sujeto.

—Sí... supongo que sí... —mintió.

—Está bien, vuélvase.

Stayner soltó a su prisionero, quien giró en el acto, solo para encontrarse con un puño de efectos devastadores. Carmann sintió un terrible dolor en la mandíbula, creyó que le estallaba el cráneo y se desplomó, perdido el conocimiento instantáneamente.

El joven contempló unos instantes al caído.

—Será cosa de hablar con Melley —murmuró, al mismo tiempo que giraba sobre sus talones para salir del piso.

★ ★ ★

—A usted le interesaba Lena Landers, doctor —dijo el teniente Creed.

—Moderadamente, por supuesto —admitió Stayner.

—Entonces, le conviene saber que no fue un accidente casual.

—Desde el primer momento, pensé en la intencionalidad del hecho. Lena era muy cuidadosa con su automóvil. Alguien aflojó una tuerca y...

—No, doctor, no fue esa la causa del accidente. Lo que provocó el accidente fue una carga explosiva, deflagrada por control remoto.

Stayner se quedó pasmado.

—¿Seguro, teniente?

—No cabe la menor duda. El examen de los restos del automóvil lo prueba incontestablemente.

—Pero, ¿cómo...?

—El que tiene un coche deportivo lo hace correr, ¿no es así? La carga fue colocada junto a la rueda derecha, de modo que, con la explosión, la rueda se soltó y el automóvil perdió la dirección.

—Una forma hábil e inteligente de deshacerse de una persona —comentó Stayner.

—Sí, porque una carga mayor habría hecho saltar el coche en pedazos, en la misma autopista, con grave peligro para los demás conductores. De este modo, solo murió la persona que realmente debía morir.

—Quizá de este modo debieron de pensar en hacer pasar el hecho como un accidente.

—Es posible —admitió el oficial—, y acaso lo habrían conseguido, si bien yo recelé en el acto de una muerte tan oportuna.

—Comprendo. ¿Opina usted que es cosa de Melley, teniente?

En su despacho, Creed se encogió de hombros.

—Señor Stayner, sin pruebas concluyentes, yo carezco de opinión —respondió significativamente.

El joven comprendió.

—Sí, es lógico. Gracias por todo, teniente —se despidió.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo. Él nunca había creído en la posibilidad de un accidente y el diálogo con Creed acababa de confirmar sus suposiciones.

Nancy le llamó por el interfono:

—Señor Stayner, tiene una visita. Es el señor Gwern.

A Stayner el nombre le sonaba conocido, aunque no recordaba en aquellos momentos. Se ladeó ligeramente hacia el aparato y dijo:

—Está bien, hágalo pasar, Nancy.

El visitante entró momentos después. Stayner lo reconoció en el acto.

—¿Cómo está, señor Gwern? —saludó cortésmente—. Tome asiento, por favor.

—Es un placer conocerle personalmente, señor Stayner —saludó Gwern, con la sonrisa en los labios—. He oído hablar mucho y muy bien de usted.

—Me extraña. Mi fama no es de las que llena primeras páginas de diarios y revistas —contestó Stayner.

—Lo sé, pero esa fama es efímera y dura unos días, algunas semanas, cuando más. La suya es menos estruendosa, aunque más sólida y duradera. Pero hablemos del asunto. Un amigo mío me ha recomendado que viniese a verle. Usted lo recordará, sin duda. Se llama George McNally.

—Sí, le hice un trabajo el año pasado. Tengo entendido que quedó muy contento de mi labor.

—Precisamente por eso, McNally me recomendó a usted. Necesito que me haga algo parecido, señor Stayner.

—¿Conoce bien mi profesión, señor Gwern?

El visitante sonrió.

—Quizá no —respondió—. Soy un hombre algo anticuado, pero que no duda en emplear métodos modernos para progresar. Ahora bien, el mundo cambia con tanta rapidez...

—Es cierto —convino Stayner—. Señor Gwern, entre las cosas que yo hago, figuran las encuestas sociales, sobre todo de hombres de negocios y altos ejecutivos que quieren hacer progresar sus empresas. Me hacen el encargo, yo estudio la empresa, preparo y selecciono los temas de la encuesta y, si es demasiado fatigosa la labor, contrato personal eventual para la parte más sencilla. Luego resumo las respuestas de dicha encuesta, hago un estudio y análisis del posible resultado, obtengo conclusiones y propongo soluciones. El resto, naturalmente, queda en manos del encomendante.

—Le he entendido perfectamente —aseguró Gwern—. Y es justo lo que deseo. Señor Stayner, la empresa necesitada de su estudio y análisis está en un lugar próximo a Portland, Oregón. Deseo que se desplace allí, estudie sus circunstancias, pero, sobre todo, las humanas, y me emita un informe detallado, crítico y veraz, absolutamente sincero, proponiendo el cierre si lo estimase necesario. Sin embargo, yo creo que esa empresa tiene porvenir y por ello deseo conocer a fondo todos los detalles antes de tomar una decisión en un sentido u otro.

—¿Ha dicho Portland, Oregón? —se asombró Stayner.

—Sí, en efecto. No hay ni que decir que le serán abonados puntualmente sus honorarios, así como los de sus eventuales colaboradores y, desde luego, la minuta de sus gastos. Por ese lado, pues, no debe haber obstáculos, señor Stayner.

—Los hay por otra parte —contestó el joven—. En estos momentos me es imposible desplazarme de la ciudad. Tengo asuntos pendientes, que no puedo abandonar. Ahora bien, si prefiere esperar algunas semanas...

—¡Imposible! —contestó Gwern, tajantemente—. Debería empezar lo más pronto posible. Incluso me agradecería que emprendiese el viaje mañana mismo.

Stayner meneó la cabeza.

—Lo siento. Tengo otros clientes a los que no puedo desatender —manifestó.

—Me haré cargo de las indemnizaciones que sean precisas. Tengo buenas relaciones en la ciudad y podría solventar fácilmente esta dificultad.

—Le ruego no insista, señor Gwern. Agradezco mucho su interés por mí, pero en estos momentos, repito, me es materialmente imposible acceder a sus deseos.

Gwern ocultó su desencanto tras una amplia sonrisa.

—Yo también lo lamento infinito, pero no desisto, a pesar de todo —contestó—. Tómese veinticuatro horas de tiempo. Mañana, a esta

misma hora, le llamaré por teléfono. Mi oferta, en el sentido pecuniario, no pecará de corta, se lo aseguro.

El visitante se marchó. Stayner suspiró. Era una buena ocasión, en efecto, pero le habría parecido incorrecto abandonar, no solo a Lou Light, sino también a otros clientes.

El teléfono sonó de pronto.

—Es la señorita Light —anunció Nancy—. Le paso la comunicación al hilo privado.

—Gracias, Nancy.

Stayner presionó un botón. La voz de Lou sonó por un altoparlante:

—Señor Stayner, le aguardó dentro de veinte minutos en el Red Bowl. ¿Lo conoce?

—Sí, he estado allí un par de veces.

—Muy bien. No falte, se lo ruego.

Lou cortó. Stayner manejó el interfono:

—Voy a salir, Nancy —anunció—. Si no vuelvo antes de las cinco, váyase a su casa.

—Sí, señor.

★ ★ ★

Lou estaba sentada en una mesa situada al fondo del local. Al ver a Stayner, aplastó el cigarrillo que fumaba contra un cenicero.

Stayner se sentó frente a ella. Vino una camarera y le encargó una taza de café.

Lou aguardó a que la camarera sirviese el pedido. Cuando estuvieron solos, dijo:

—Tengo noticias importantes para usted.

—Supongo que lo serán. He tenido que abandonar mi despacho...

—Lo siento, pero no me pareció prudente hablarle por teléfono. He visto la libreta de direcciones de Melley.

Stayner casi saltó en su asiento.

—¿Está segura? —exclamó.

—Tiene que ser a la fuerza. Escuche, he entrado alguna vez en su despacho y le he visto escribiendo o anotando en los libros de contabilidad. Nunca me dijo nada, aunque tampoco a mí se me ocurrió curiosear. A fin de cuentas, si roba al fisco, eso es cosa suya, ¿no cree?

—Bueno —sonrió Stayner—, se nota que usted no es inspector del fisco. Pero siga, por favor.

—La libreta... Bien, mejor dicho, es un libro, grande, de unos dos centímetros de grueso y de tapas de color rojo oscuro, con lomo dorado. Lo tenía en las manos y lo cerró apresuradamente apenas entré en el despacho, dejándolo debajo de los libros de cuentas. Nunca había

hecho eso antes de ahora, se lo aseguro.

Stayner se acarició la mandíbula inferior.

—Es posible —admitió dubitativamente.

—Posible, no; seguro, insisto. Luego volví a entrar, con un pretexto cualquiera, y el libro rojo había desaparecido. Solo estaban los otros dos. Ahora, saque usted sus propias conclusiones.

—Perfectamente. Ha visto usted la libreta de direcciones de Melley. Pero, ¿dónde la guarda?

Lou hizo un gesto con las manos.

—Hasta ahí ya no he llegado —contestó—. Y me temo que me va a ser muy difícil averiguarlo.

Stayner reflexionó.

—En ese despacho debe de haber una caja fuerte —dijo—. Si conociéramos la clave... Pero Melley debe de ser tan desconfiado, que no la habrá dicho ni siquiera a sus más directos subordinados.

—Es lógico —admitió la chica.

—No sé qué hacer —dijo él—. De todas formas, déjeme pensar en algo. Gracias por su información, Lou.

—Trato de ayudarle —contestó ella—. Es en mi propio beneficio.

—Sí, ya me lo imagino, pero, ¿por qué es usted heredera de los setenta y cinco mil dólares de Sybil Foreman?

Lou enrojeció vivamente, pero no dijo nada. Stayner se encogió de hombros.

—Está bien, respeto sus motivos —dijo—. Haré lo que pueda, no le puedo prometer más.

—Estoy segura de que lo conseguirá —dijo Lou con vehemencia—. Y permítame que le exprese mi pesar. Sé que usted apreciaba mucho a Lena Landers y...

La cara de Stayner se ensombreció.

—Ha sido un asesinato ordenado por Melley, o quizá por su jefe, pero haré todo lo posible para que lo paguen —dijo.

—¿Cómo? ¿Melley tiene un jefe? —se sorprendió la muchacha.

—Sí, aunque no conozco su nombre. Quizá me resulte interesante, una conversación con Melley.

—Nunca está solo. Siempre tiene alguien a su lado.

Stayner sonrió.

—Alguna vez ha de quedarse Melley solo —dijo significativamente.

CAPÍTULO X

Jus Melley contempló el aspecto de su secretario y meneó la cabeza con aire desdeñoso.

—Te ha puesto como unos zorros, Karman —dijo.

Carmann emitió un bufido. Todavía se dolía y no solo en lo físico, de la ignominiosa derrota sufrida a manos de Stayner.

—Algún día me desquitaré...

Melley le entregó un papel.

—¿Qué es esto? —preguntó Carmann.

—La dirección de una tal Vicky Ramsay. Visítala y convéncela de que se una a nosotros. Ganará más dinero.

—Está bien, pero, ¿no podrían hacerlo...?

—¡No! —cortó Melley tajantemente—. Tienes que ir tú. Y quiero la respuesta muy pronto, ¿me entiendes?

—La Ramsay puede negarse, jefe.

Melley sonrió torcidamente.

—¿Dónde están tus dotes de persuasión, Karman? —preguntó con sarcástico acento.

Carmann salió del despacho. El timbre del teléfono sonó tres veces.

Peal y Bayman estaban presentes. Melley chasqueó los dedos y la pareja, entendiendo la señal, salieron de la estancia.

Melley habló brevemente por teléfono. Cuando el otro terminó, dijo:

—Tendrá que dejarlo de mi cuenta. Yo me encargaré de él.

Colgó el teléfono y juntó las manos, haciendo crujir los nudillos. Stayner se estaba convirtiendo en una pesadilla y si no salían pronto de ella, lo pasarían mal.

En aquellos momentos, Stayner estaba hablando con uno de sus subordinados, temporalmente retirado del «servicio». Alfie Hardney acababa de abrir la puerta con la mano sana y se sobresaltó al reconocer a su visitante.

—Usted, maldita sea —barbotó, colérico—. ¿Qué quiere ahora?

—Hablar con el ex cabo Alfie Hardney, antiguo vigilante de los calabozos en mi batallón —sonrió el joven.

—Usted y yo no tenemos nada...

—Se equivoca, Hardney —Stayner cerró la puerta—. Vamos a hablar, tanto si le gusta como si no. ¿Recuerda el entrenamiento que nos daban en aquel campamento?

Hardney frunció el ceño.

—Demasiado —contestó.

—Había que trabajar duro y de firme y pasar muchas penalidades. Pero usted era demasiado gandul y por eso pidió el puesto de vigilante de los calabozos.

—Era un puesto más descansado, reconózcalo.

—Desde luego. Ahora bien, al ocupar ese puesto, dejó los entrenamientos. Allí, Alfie, nos enseñaban tanto a matar como a conservar la vida en las más difíciles circunstancias.

Usted no acabó el entrenamiento y, por si fuese poco, ahora está en inferioridad de condiciones.

Hardney se puso pálido.

—¿Qué... qué es lo que trata de decirme? —preguntó entrecortadamente.

—Es muy sencillo. Una de las cosas que se aprenden en aquel campamento es a matar a la gente sin ruido y sin dejar huellas. Yo completé mis entrenamientos. En realidad, duraron años.

Enseñó las manos.

—Esto me bastaría para quebrarle el cuello como un pajarillo y, además, nadie sabría nunca que he estado aquí —añadió.

Hardney sudaba.

—Me... me costará caro...

—No tiene opción, Alfie. Puede costarle caro, pero no es seguro. En cambio, sí es seguro que yo estoy aquí, dispuesto a romperle el cuello si no me contesta a una pregunta.

—¿Cuál es? —Hardney sabía que su visitante no hablaba en broma.

—¿Dónde está la caja fuerte de Melley?

Hardney cedió. Segundos más tarde, recibía en pleno rostro un chorro de gas narcótico.

A prevención, Stayner le ató cuidadosamente y, además, cortó el teléfono. Luego, silbando alegremente, se dirigió hacia la salida.

★ ★ ★

Peal estaba en la puerta del despacho. Melley abrió y preguntó por encima del hombro:

—¿Ha vuelto Karman?

—Todavía no, jefe —contestó Peal.

—Está bien. Dile que pase en cuanto llegue.

—Sí, señor.

Melley entró en el despacho y cerró la puerta. Lo primero que vio fue que alguien había descorrido las cortinas que había a modo de testero detrás de su mesa.

El metal de la caja fuerte brillaba con fuerza. Pegado a la tapa, había un papel.

Melley sintió pánico. Corrió hacia la caja y leyó el papel:

«Quizá me haga competidor de ustedes. Su libreta contiene una serie de direcciones de sumo interés.

»J. S.».

Melley lanzó un aullido de pavor. Con dedos temblorosos, manejó la rueda de la combinación y abrió la caja.

El libro de tapas rojas y lomo dorado estaba en su sitio.

—Pero, ¿qué diablos...?

—Muchas gracias por abrir la caja —sonó una voz a sus espaldas—. Desconocía la combinación y usted me ha ahorrado el trabajo de volarla.

Melley se volvió en el acto.

—Usted —dijo.

—En efecto —sonrió Stayner, avanzando como un gato hacia la mesa.

—¿CÓ... cómo ha entrado aquí? —preguntó el otro.

—Solo se trata de un primer piso. No hay ninguna dificultad —contestó Stayner, señalando con el pulgar hacia la ventana, oculta por unos gruesos cortinajes.

Melley reaccionó y elevó una mano para cerrar la caja, pero Stayner fue más rápido y lo lanzó al suelo de un empujón. Luego metió la mano en la caja y se apoderó de la libreta.

Melley se puso en pie. Tanteó el interior de su chaqueta para sacar una pistola, pero la libreta le golpeó en las narices. Inmediatamente empezó a verlo todo turbio, a causa de las lágrimas de dolor.

Stayner le quitó la pistola y la arrojó a un lado.

—Opino que la lectura de esta libreta debe de ser algo muy fascinante —dijo.

Melley sacó un pañuelo y se cubrió la nariz. Con la mano izquierda, se apoyó en la mesa. Stayner se volvía en aquel momento hacia la ventana y por ello no pudo ver el gesto de Melley al apretar un botón.

Stayner llegó junto a las cortinas. Empezó a separarlas, pero, en el mismo momento, oyó una orden:

—¡Quieto o le acribillo!

El joven volvió la cabeza. Por encima del hombro divisó a Peal, apuntándole con una pistola.

—Una entrada muy oportuna —comentó tranquilamente.

Terminó de darse la vuelta. Las armas de fuego no le asustaban en ciertos casos. Peal solo le amenazaba, pero no parecía dispuesto a hacer fuego en el despacho.

Stayner cometió un error: olvidó a Melley y olvidó su pistola que le había quitado y que estaba de nuevo en poder de su dueño.

El culatazo le hizo caer fulminado. Melley, loco de rabia, le pegó una patada en el costado, pero Stayner ya no sentía nada.

Peal apuntó al caído con su pistola.

—¿Le liquido, jefe? —consultó.

—Aquí, no, imbécil —barbotó Melley—. Hay que hacerlo en un lugar discreto. ¡Y que su cuerpo no aparezca jamás! ¿Me has entendido?

—Llamaré a Rufe —dijo Peal, entendiendo el sentido de aquella colérica respuesta.

Melley recobró el libro y lo guardó en la caja. Luego miró al caído.

—Estúpido —le apostrofó, como si Stayner pudiera oírle—. Si tú mismo te has metido en la boca del lobo, ¿a quién echarle las culpas de lo que te pase?

★ ★ ★

La mujer tenía un tipo estupendo y se cubría con un peinador de tul negro, que hacía su figura mucho más seductora. Vicky Ramsay era una hermosa pelirroja de unos veintisiete años, que conocía su belleza y sabía hacerla resaltar por métodos adecuados.

Pero aquella noche no esperaba ningún visitante. Su sorpresa fue grande al oír que llamaban a la puerta.

Abrió. El sujeto era alto y apuesto y vestía con gran elegancia.

—Usted dirá —preguntó la joven recelosamente.

—Vicky Ramsay, ¿no es cierto? —sonrió Carmann.

—Sí, ese es mi nombre...

—Yo me llamo Carmann. ¿Puedo hablar unos instantes con usted, señorita Ramsay?

—Si va a ser breve... Tengo que salir —mintió Vicky.

—Será cuestión de un par de minutos —aseguró Carmann.

Vicky cerró. Luego indicó un diván con la mano.

—Siéntese, por favor.

—Gracias —Carmann rechazó el ofrecimiento—. Voy a ser breve. Usted tenía una conocida llamada Lena Landers.

—Sí, aunque no creo que eso le interese a usted.

—Me interesa más de lo que cree —dijo Carmann—. Lena está muerta y ya no podrá darle ciertos recados. Nosotros lo haremos en su lugar.

Vicky arqueó las cejas.

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —preguntó.

—No se preocupe —respondió Carmann. Ya había abandonado su tono cortés y amable—. A partir de ahora, figura en nuestra organización. Atenderá todas las llamadas que le hagamos y...

Vicky frunció los labios.

—Creo que empiezo a comprenderle, cerdo —dijo.

Imposible, Carmann alzó la mano. Vicky lanzó un chillido, dio dos

vueltas y salió disparada contra el diván.

—Ya lo ha oído —dijo el rufián—. Haga lo que le he indicado o...

Sacó una navaja, la desplegó y empezó a limpiarse las uñas con gran ostentación.

Vicky tenía la mano en la mejilla. Sus ojos ardían de furor.

—Miserable —dijo.

Carmann sonreía.

—Eso es todo, guapa. Obedezca o atégase a las consecuencias —dijo.

Plegó la navaja y la guardó en el bolsillo. Luego se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere! —llamó Vicky.

Carmann se volvió.

—¿Qué hay, preciosa?

La pelirroja sonreía. Con las manos a la espalda, se acercó a su indeseable visitante.

—Así que ya figuro en su organización —dijo.

—En efecto.

—Ganaré mucho dinero, supongo.

—Figúrese —sonrió Carmann.

Vicky se le acercó más todavía. De pronto, sacó una de las manos y golpeó la cabeza de Carmann con el jarrón que había tomado de la repisa que había sobre el diván.

El jarrón se rompió en mil pedazos. Carmann se tambaleó y cayó al suelo, tras un bramido de furor.

Vicky se arrojó sobre él, le arrebató la navaja y la desplegó, apoyando a continuación la punta en el cuello del rufián.

—Escucha, condenado —dijo—. Yo no pertenezco a ninguna organización ni quiero pertenecer... porque eso significa acabar como otras desgraciadas. ¿Te imaginas lo que pasaría si ahora yo empujase a fondo?

Los ojos de Carmann voltearon agónicamente en sus órbitas.

—Dé... déjame...

—Me dan ganas de degollarte, cerdo —afirmó Vicky—. Y eso es lo que debería hacer. No vuelvas más por mi casa o te mataré, ¿me oyes?

Carmann estaba completamente acobardado. Vicky le infundía un pavor espantoso.

Ella se puso en pie, sin soltar la navaja.

—Lárgate, bastardo.

Carmann huyó a la carrera. Interiormente, se prometió vengarse de aquella belicosa mujer que le había infligido una derrota tan poco honrosa.

Vicky, por su parte, se puso a pensar en el mejor medio de salir de aquel atolladero. Sabía que había ganado una pequeña batalla, pero

alguien le había declarado una guerra y no era tan tonta como para no darse cuenta de que la tenía perdida de antemano.

CAPÍTULO XI

Olas de dolor iban y venían en el cráneo de Stayner. Vagamente se dio cuenta de que estaba sentado en el asiento posterior de un coche, con alguien a su lado.

A veces, le parecía que un hierro candente le taladraba el cerebro. El dolor, sin embargo, se fue atenuando paulatinamente, aunque no llegó a disiparse del todo. Stayner, no obstante, continuó en su postura, en el lado izquierdo del vehículo, con la cabeza apoyada a un lado y los ojos cerrados.

Una mano le sujetaba el brazo constantemente. Una vez abrió los ojos y divisó una pistola encarada a su costado derecho.

Stayner se imaginó fácilmente el objeto de aquel viaje. La noche había cerrado hacía mucho rato. Melley quería cobrarse los disgustos que él le había propinado, además de quitarse de en medio un estorbo.

El coche se movía velozmente. Stayner tenía la seguridad de saltar antes de que el otro disparara, pero prefirió esperar.

—¿Falta mucho, Rufe? —preguntó Peal de pronto.

—Un par de kilómetros tan solo, Rod —contestó Bayman.

El coche se metió de pronto por un camino secundario. Stayner entreabrió los ojos y vio muchos árboles.

El camino tenía un trazado sumamente irregular, con frecuentes cambios de nivel. Su pavimento se hallaba asimismo en pésimo estado, lo que le indicó a Stayner que era una ruta escasamente frecuentada.

Disimuladamente, tanteó la manija de apertura. El coche se detuvo de repente.

—Aquí es, Rod —dijo Bayman.

—Está bien. Ayúdame.

Bayman se apeó y abrió la portezuela. Peal empujó al joven y lo hizo rodar por tierra.

—Está inconsciente. Vamos a llevarlo de aquí —propuso Peal.

Se inclinó hacia Stayner. Dos pies le golpearon de pronto en pleno rostro, despidiéndole contra el automóvil con indescriptible violencia.

Peal lanzó un rugido. La pistola se escapó de sus manos.

Bayman se quedó atónito un instante. Luego desenfundó su pistola.

Stayner había recogido ya la de Peal. Medio tendido en el suelo, comprendió que no tenía ninguna opción.

Seis tiros salieron en cuatro segundos y todos alcanzaron el vientre y el pecho de su blanco. Bayman abrió los brazos y cayó de golpe hacia atrás, muerto instantáneamente.

Peal empezaba a recobrarse.

—Quieto —dijo Stayner.

El forajido, con la cara ensangrentada, se inmovilizó.

Stayner terminó de ponerse en pie y se apoderó de la pistola de Bayman.

Peal le contemplaba horrorizado.

—No... no me mate... —suplicó, lleno de pánico.

Stayner le miró despreciativamente.

—¿Me tomas por un asesino? —replicó.

Descargó las dos pistolas y las lanzó a lo lejos, hacia unos matorrales. Peal creyó encontrarle desprevénido, pero cometió un error.

Un puño se hundió en su estómago. Luego, el filo de una mano le golpeó tras una oreja. Peal se desplomó junto al cadáver de su compinche.

Tranquilamente, Stayner se dirigió al automóvil, puso el motor en marcha y abandonó el lugar.

Había un cadáver, pero las consecuencias no le importaban en absoluto. Sabía que su acción había sido efectuada en defensa propia; además, a los pandilleros les interesaría mucho ocultar el suceso.

—También en defensa propia —se dijo, sonriendo, mientras que hurgaba con la mano derecha en su bolsillo, en busca de tabaco, sin por ello abandonar el volante.

★ ★ ★

La secretaria le anunció al día siguiente una llamada telefónica.

—Es el señor Gwern —dijo, por el hilo interior.

—Muy bien —accedió Stayner.

Momentos después, estaba hablando con Gwern.

—Lo siento. Mi respuesta es la misma, señor Gwern.

—¡Qué lástima! —suspiró el individuo—. ¿No hay posibilidad de que cambie de opinión?

—Por parte suya, si acaso. Ya le dije que dentro de algunas semanas yo podría...

—No, habría de ser ahora mismo, pero puesto que usted no puede, buscaré a otro. Excúseme, señor Stayner.

—No hay de qué, señor Gwern.

Stayner volvió el teléfono a la horquilla. Instantes más tarde, se había olvidado de Barton Gwern.

Pasadas las cuatro de la tarde, le llamó Lou.

—¿Algo de nuevo, señor Stayner?

—Sí; tiene que llamarme Jerry —contestó él de buen humor.

—Yo me refería a...

—¿Qué está haciendo ahora, Lou? —la interrumpió Stayner.

—Pues... nada, Jerry.

—Terminaré a las cinco. De mi despacho al Red Bowl hay diez minutos.

—Entiendo, Jerry. Allí estaré.

Stayner se aplicó nuevamente al trabajo. A las cinco en punto, lo dio por terminado.

Antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora, entraba en el Red Bowl. Lou le aguardaba ya en el mismo sitio.

—Parece que tiene algo que decirme —observó la chica.

—Es cierto, Lou.

La camarera trajo dos tazas de café. Cuando se hubo ido, Stayner dijo:

—Tuve el libro rojo de Melley en mí poder, Lou.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Y bien, Jerry?

—Me lo quitaron de las manos.

—¡Oh, qué lástima! ¿Cómo fue?

—A la fuerza, Lou —sonrió él.

—Usted no es hombre que ceda fácilmente, Jerry.

—Sí, pero me apuntaban con una pistola...

Stayner relató los sucesos de la víspera, de los que había sido principal protagonista. Lou se quedó helada de horror al conocer el riesgo que había corrido el joven.

—Nunca creí que por mi culpa... —dijo, consternada.

—Lou, cuando usted vino a verme, ya se habían cometido varios asesinatos —dijo él, sentenciosamente—. Esa gente no se detendrá por muerte de más o de menos.

—Pero usted pudo salvarse.

—Tuve suerte.

—Y habilidad. Oiga, ¿dónde aprendió tantas cosas?

—En el servicio militar. Estuve dos años en una unidad especial y llegué a oficial. Aprendí allí muchas cosas, créame, Hago ejercicio un par de veces a la semana y me mantengo en forma. Además, una vez al año, voy tres semanas a ese campamento.

—Comprendo. Y, además, es doctor...

—Bueno, tengo el título, pero es más bien honorífico. No lo uso nunca.

—Es usted un hombre admirable —dijo Lou sinceramente—. ¿Soltero?

—¿Le disgustaría que fuese casado?

Ella se ruborizó.

—A decir verdad, nunca he pensado en tal cosa —respondió.

Stayner le enseñó las manos.

—No hay ningún anillo —sonrió.

—Está bien —dijo ella—. Hablemos ahora de nuestros problemas.
—¿Sí, Lou?
—¿Qué va a hacer ahora?
—Tendría que hablar con Melley. Reservadamente, por supuesto.
—Se negará —aseguró Lou.
—Será preciso buscar la forma de obligarle a aceptar una entrevista
—insistió Stayner—. No sé cómo, pero lo haré.

★ ★ ★

—De modo que Vicky Ramsay se negó —dijo Melley.
—Así es, jefe —contestó Carmann.
—Pero tú tenías que haberla obligado...
—Jefe, recapacite un poco. ¿Iba a atarla a la pata de la cama?
Tampoco podía emprenderla a golpes con ella —mintió el sujeto descaradamente.

Los dedos de Melley tamborilearon sobre la mesa.

—Vuelve a verla —dijo, tras unos segundos de reflexión—. Procura ser un poco más... persuasivo. Si aun así se niega, tomaremos una decisión.

—¿Definitiva?

Melley hizo un signo de asentimiento.

—Definitiva —repitió siniestramente.

Carmann cerró los ojos un instante. Sí, tenía ganas de volver a verse con Vicky Ramsay. Quería cobrarse el miedo que había pasado, cuando sintió en el cuello la punta de su propia navaja.

CAPÍTULO XII

—Te veo muy preocupada —dijo Ethel Saxton.

Vicky asintió pensativamente.

—Tengo motivos para ello —contestó.

—¿Qué motivos, Vicky?

Las dos chicas estaban sentadas en sendos taburetes, en una cafetería. Se conocían desde hacía tiempo y aquel día se habían encontrado casualmente, por lo que se habían detenido a charlar unos momentos.

—¿Conoces a un tal Karman, Ethel?

—¡Vicky! ¿Qué clase de relaciones tienes tú con ese rufián? —se asombró la otra.

—Ninguna. Es él quien quiere tenerlas conmigo. Estuvo a visitarme y me propuso unirme a la organización de Melley.

—No cometerás ese error, imagino.

—¡Qué cosas tienes, Ethel! Pero estoy asustada, créeme. Carmann volverá a la carga... y es un mal bicho.

—Ese calificativo es muy pobre —dijo Ethel insultantemente—. Lástima que ya no viva la pobre Lena. Solucionaría tu caso, créeme.

Vicky se sintió interesada por aquellas palabras.

—¿De qué manera, Ethel? —preguntó.

—Sé que ella tuvo también dificultades con los hombres de Melley. Yo estaba en Melley's la noche en que la expulsaron a la fuerza. Un tipo zurró a dos de los esbirros de Melley. Yo la llamé al día siguiente y me dijo que era un antiguo amigo suyo llamado... llamado Stayner, eso es. Doctor en Ciencias Sociales o algo por el estilo, Vicky.

—¡Caramba, qué amistades tenía Lena! —se asombró la pelirroja.

—Oh, Lena conocía a mucha gente aquí en Brereton Springs —contestó Ethel con acento intrascendente.

Vicky se quedó muy pensativa. «¿Debería entrevistarme con Stayner?», se preguntó.

El negocio marchaba satisfactoriamente, reconoció Melley con la sonrisa en los labios. La sala estaba abarrotada de gente y apenas si quedaban libres un par de mesas.

Lástima que otros asuntos no le marchasen tan bien, se dijo, mientras dejaba el local al cuidado de Carmann.

Entró en el despacho y se dirigió a su mesa. Al dar la vuelta, divisó

al hombre sentado en el sillón, cuyo alto respaldo le había impedido la visión a la entrada.

—Otra vez usted —dijo, furioso.

—En efecto —sonrió Stayner—. Otra vez yo. Vivito y coleando, a pesar de sus esfuerzos.

El índice de Melley se apoyó en un botón que había sobre su mesa.

—Apriete, apriete todo lo que quiera —dijo el joven—. Mis visitas a este lugar me han conferido mucha experiencia. Naturalmente, lo primero que hice al entrar fue desconectar esa llamada.

—Pero tengo una pistola...

Melley abrió un cajón.

—Está descargada —anunció Stayner, sin dejar de sonreír.

Se oyó una imprecación.

—¿Puede decirme de una vez qué diablos quiere? —barbotó Melley.

—No gran cosa. Más bien vine a expresarle mi condolencia por la muerte de uno de sus empleados.

Melley enrojeció de ira.

—Escuche, maldito entrometido, usted no tiene la menor idea del terreno que pisa —dijo—. Un día, le explotará bajo los pies...

—Dudo mucho de que usted llegue a verlo —atajó Stayner fríamente—. Pero podríamos llegar a un trato.

—¡Váyase! —bramó Melley.

—El trato consistiría en que usted me dijese el nombre de su jefe. Sería benevolente con usted, créame.

—No tengo ningún jefe...

—¿A quién quiere engañar, Melley? Usted tiene un jefe, le guste o no; más bien no le gusta, pero no le queda otro remedio que admitirlo. Y ese jefe es el que decreta la muerte de una chica, cuando lo estima conveniente para sus fines. Ese sujeto desconocido, en fin, es el que conoce al asesino profesional que se encarga de hacer fuego a doscientos pasos de distancia. Dígame usted el nombre y le concederé alguna posibilidad de seguir viviendo.

—Si no se marcha ahora mismo de aquí...

Stayner se puso en pie.

—Melley, se ha metido en un mal negocio —aseguró—. Usted cree que estas cosas duran siempre, pero un día, cuando menos se lo espere, el asunto explotará y usted saltará por los aires. No se trata ya de un simple chantaje, de un robo, de una extorsión, sino de varias muertes, planeadas y cometidas fríamente. Si cree que esos crímenes se van a olvidar, está mortalmente equivocado.

Ya no dijo más. Giró sobre sus talones y salió del despacho.

Melley quedó solo, pálido y confundido de rabia, porque, en su fuero interno, sabía que Stayner tenía toda la razón del mundo.

Lo peor de todo era que él mismo era un prisionero de su propia

organización y no podía abandonarla.

Stayner regresó a su casa. Sorprendentemente y pese a lo avanzado de la hora, se encontró con una visita.

Era una hermosa pelirroja, elegantemente vestida. A Stayner le extrañó verla en el interior de su departamento.

—¿Qué hace usted aquí, señora? —preguntó.

—Me llamo Vicky Ramsay, señor Stayner —dijo la pelirroja—. Dispense que haya entrado en su casa sin permiso, pero el conserje me prestó la llave maestra. Dije que... que era su hermana...

Stayner sonrió.

—No se lo habrá creído, pero es igual —contestó—. Ahora bien, cuando ha entrado por ese procedimiento, es que le sucede algo grave. O viene a matarme, claro.

Vicky hizo un movimiento negativo.

—No —dijo—. Tengo necesidad de que me ayude, señor Stayner. Yo... yo era muy amiga de Lena Landers.

Llamaron a la puerta. Vicky cruzó la salita con vivo taconeó y abrió.

—Otra vez el mismo —dijo, con fingido tono de hastío.

—El otro día te hice una proposición —sonrió Carmann—. Soy un poco obstinado, preciosa.

—Lo que tú eres no se puede definir con palabras —respondió Vicky cáusticamente—. Pasa, pasa; oirás una negativa... y tal vez algo más.

Carmann no supo entender el significado de aquellas frases. Cruzó la puerta, cerró cuidadosamente y dijo:

—Vicky, de momento vengo en son de paz. No me gustaría arriar la bandera blanca, ¿comprendes?

—Una metáfora muy poco acertada en su caso.

Carmann volvió la cabeza lentamente. Apoyado en la jamba de una de las puertas interiores, Stayner le miraba sonriendo.

Vicky se reclinó en una consola.

—Ya te dije que oirías algo más, Carmann —dijo.

El sujeto procuró mantener la serenidad.

—Con usted no va nada, Stayner...

—Cuestión de opiniones —dijo el joven—. Vicky no quiere nada con ustedes.

—Así es —confirmó la aludida.

Carmann dio media vuelta.

—No me gusta la violencia —dijo virtuosamente.

—Es una postura muy encomiable —elogió Stayner—. ¡Carmann! —llamó de pronto.

El rufián se volvió a medias.

—Dígame, Stayner.

—No moleste más a Vicky. Es una orden.

—¡Ja! —dijo Carmann burlonamente.

—Corre usted peligro de perder la cabeza, ¿me entiende?

—Seguirá sobre mis hombros cuando su cuerpo se haya convertido en cenizas, Stayner.

—Adiós, Carmann.

El hampón se marchó.

Vicky abandonó su actitud pretendidamente lánguida.

—Señor Stayner —dijo, muy aprensiva—, ¿qué haremos ahora? Esos tipos son capaces de cualquier barbaridad...

Stayner sonrió, mientras apoyaba las manos en los hombros de la pelirroja.

—Tranquila, Vicky —dijo—. Arreglaremos este asunto, pero antes quiero que me diga usted una cosa.

—Sí, señor Stayner.

—Jerry, por favor —indicó él—. Vicky, no soy un moralista ni mucho menos, y estimo que cada cual es responsable de sus propios actos y debe apechugar con los beneficios o los perjuicios que de ellos se deriven. Pero, dígame, ¿no ha sentido nunca deseos de abandonar esta vida?

Ella lanzó un profundo suspiro.

—No es tan fácil como parece —contestó.

—Todo estriba en tener un poco de fuerza de voluntad, Vicky —dijo Stayner sentenciosamente—. Usted es joven y hermosa, pero eso es algo que, inexorablemente, desaparecerá con el tiempo. Haga algo, ahora que no es tarde.

Vicky asintió:

—Probaré...

—Estoy seguro de que lo conseguiré. Y ahora, perdóneme, pero tengo que irme. No se mueva de casa bajo ningún concepto ni abra a nadie que no sea yo.

—¿Adónde va? —quiso saber ella.

Stayner sonrió.

—Voy a ver si compro una trampa para un lobo solitario —dijo, con acento sibilino.

★ ★ ★

La mano de Melley temblaba ligeramente, pero, al fin, se decidió y marcó un número.

Una voz le contestó a los pocos momentos.

—Hable —dijo escuetamente.

—Soy Melley. Necesito que me haga un favor.

—¿Sí?

—Vicky Ramsay, Flatters Place, ochocientos once, piso doce, letra

B.

—¿Es necesario?

—Sí, señor.

—Bien, se hará, Melley.

—Otra cosa, señor, por favor —pidió Melley respetuosísimamente.

—Diga.

—Stayner...

—¿Le molesta?

—Muchísimo, señor.

—¿Cuál de los dos es más urgente, Melley?

—Vicky Ramsay, señor.

—Está bien. Cuando haya despachado este asunto, discutiremos el problema Stayner. Eso es todo, Melley.

—Sí, señor.

Melley colgó el teléfono y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. Cada vez que hablaba con su jefe, se le ponían los pelos de punta.

CAPÍTULO XIII

Llena de aprensión, Vicky agarró la barra de metal y empujó el carrito de ruedas a lo largo de la ventana de su piso.

En la mano izquierda tenía un pequeño aparato de radio, emisor-receptor. Nerviosa, no se pudo contener y llamó:

—¿Todavía nada, Jerry?

—Calma, Vicky, calma —contestó Stayner—. Conserve la tranquilidad y recuerde que las trampas no funcionan siempre apenas se han montado.

—Está bien, Jerry.

Vicky cerró la comunicación y empujó de nuevo el carrito de ruedas. Montado sobre el mismo había un maniquí femenino, vestido con sus ropas y al que le había puesto una peluca del mismo color que sus cabellos. Vicky se preguntó si desde la azotea del edificio frontero se notaría la superchería.

Stayner había mirado la ventana con unos prismáticos. Incluso con el aumento del aparato óptico resultaba punto menos que imposible advertir la trampa. Él lo sabía y por eso encontraba los movimientos de la supuesta Vicky un tanto forzados.

Pero el asesino solo vería una figura femenina que, de vez en cuando, cruzaba por delante de la ventana o se paraba frente a la misma. Resignado y paciente, esperó, oculto en el rincón más sombrío de la terraza.

Era ya la tercera noche que se apostaba allí. Quizá estaba perdiendo el tiempo, se dijo... pero estimaba que su plan podía dar resultado.

Transcurrió una hora. Stayner se sentó en el suelo y reclinó la cabeza. Una dulce somnolencia empezó a invadirle.

De pronto, oyó un leve chasquido.

Sacudió el sueño y miró en dirección al lugar donde se había producido el ruido. Alguien llegaba a la azotea.

Era un sujeto, enteramente vestido de negro, que llevaba un pesado maletín en la mano. El hombre llevaba puesto un sombrero del mismo color que sus ropajes.

Una vez, le dio en plena cara un rayo de luz y Stayner se quedó paralizado por el asombro.

«¿Dónde he visto yo antes esa cara?», se preguntó.

Había dos largas cicatrices en la cara del sujeto, que partían de las comisuras de los labios en dirección a las orejas. Aquellas cicatrices le conferían una expresión de perpetua sonrisa.

El sujeto llegó al parapeto y se arrodilló junto al mismo. Abrió el

maletín y empezó a montar el rifle.

Stayner le observaba sin perderse uno solo de sus movimientos. El rifle quedó listo en pocos segundos.

El asesino se arrodilló y apoyó el arma en el parapeto. Miró a través del visor y esperó.

La supuesta Vicky pasó por delante de la ventana minutos más tarde. Se oyó un sordo chasquido.

El maniquí cayó al suelo. Satisfecho, el asesino se puso en pie.

Una mano le tocó en el hombro. Horriblemente sorprendido, el asesino giró en redondo.

Todavía empuñaba el rifle. Frenéticamente, intentó enviar una bala a la recámara, pero un puño se estrelló contra su mandíbula y trastabilló con violencia.

El rifle cayó al suelo, con ruido metálico. Desesperado, el asesino sacó una pistola.

Un pie la hizo volar por los aires. Se oyó un rugido de rabia.

El asesino era un hombre fuerte. Sabía lo que le ocurriría si se dejaba atrapar.

Cargó con la cabeza gacha, furioso como un búfalo enloquecido. Stayner recibió el impacto en el pecho y retrocedió hasta chocar contra el parapeto.

Su adversario intentó lanzarlo por encima. La distancia a la calle era de catorce pisos.

Stayner hizo fuerza hacia adelante. Poco a poco, consiguió hacer retroceder a su enemigo. Sabía que era una lucha a muerte. Si le vencían, no habría cuartel.

De pronto, aflojó, a la vez que daba un paso hacia atrás. El otro cargó de nuevo, pero un hombro lo levantó en el aire y le hizo dar una tremenda voltereta.

El cuerpo del asesino cayó sobre el borde del parapeto. Un instante estuvo allí, intentando desesperadamente mantener el equilibrio, pero el propio peso le hizo vencerse hacia la calle.

Se oyó un terrible alarido. El sonido se alejó velocísimamente, transformándose segundos después en un espeluznante sonido de carne y huesos machacados contra el asfalto.

★ ★ ★

Había muchas luces en la terraza. Dos expertos de la policía examinaban el maletín y su contenido.

Creed estaba junto a Stayner. Un sargento uniformado llegó en aquel momento.

—Se llamaba Tim McCobb, alias El Sonriente —informó.

—Gracias, sargento —Creed se volvió hacia Stayner—. No apruebo

su acción, pero, particularmente, y a título de simple ciudadano, le doy las gracias.

—¿Quién era El Sonriente? —preguntó Stayner.

—Un matón profesional, aunque no había actuado nunca en esta ciudad —contestó el policía—. Estoy seguro de que lo hacían venir aquí para cada «trabajo».

—Tenía la cara partida...

—Fue una venganza de una banda rival o, más bien, una advertencia para que no se metiera en sus asuntos. Le quedó una sonrisa fija por causa de las cicatrices.

—Lo que dio origen al apodo.

—En efecto. Pero, ¿cómo supo usted...?

—Una conocida mía fue intimidada para que entrase a formar parte de la organización de Melley. Ella se negó y yo me supuse lo que podría pasar. Entonces le preparé la trampa, aunque me costó tres noches de espera.

Un agente se acercó a los dos hombres.

—Esta vez no lo usó, pero cuando no disponía de luz, usaba un proyector de rayos infrarrojos, alimentado por una batería —informó.

—Eso explica los asesinatos cometidos durante la noche y en plena oscuridad —dijo Stayner.

—Sí, pero no el nombre de la persona que contrató a McCobb para cometerlos.

—¿No habrá alguna pista, teniente? —sugirió Stayner.

Creed sacudió la cabeza.

—Estos asuntos se despachan siempre por teléfono y por medio de una clave, o, al menos, de una forma que no se entiende por terceros —respondió.

Stayner se quedó pensativo.

—Conque estos asuntos se despachan por teléfono —dijo.

Creed acabada de darle una idea. Sería cosa de intentar llevarla a la práctica.

Minutos después, estaba en casa de Vicky Ramsay.

—Todo ha pasado ya —dijo.

Ella estaba muy pálida.

—He visto jaleo en la calle —manifestó.

—El asesino se cayó desde la azotea —contestó Stayner, impasible.

Vicky se estremeció.

—Empiezo a sentir miedo —dijo—. Ahora querrán vengarse de mí...

—Por eso le conviene abandonar la ciudad, Vicky.

Stayner se dirigió hacia la puerta. Vicky corrió hacia él y lo agarró por un brazo.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí —dijo.

Y le besó en una mejilla.

Stayner sonrió.

—Adiós, Vicky —dijo sencillamente.

★ ★ ★

Melley leyó la noticia y se puso pálido.

—Ese Stayner es un verdadero demonio —dijo.

Carmann guardó silencio.

Empezaba a ver mal las cosas. La intervención de Stayner en un asunto que hasta entonces había ido viento en popa, amenazaba con originar una explosión de la que nada bueno podía resultar.

—Pero, ¿es que no hay nadie que pueda acabar con ese maldito Stayner? —exclamó Melley, hirviendo de furia.

—Yo conozco a un amigo que lo haría pronto, bien, y relativamente barato —dijo Peal de pronto.

Melley fijó los ojos en el pistolero.

—No me fío —dijo.

—Es un tipo seguro, insisto —contestó Peal—. Y menos complicado que Tim el *Sonriente*.

Melley empezó a dudar.

—¿Cómo lo haría? —preguntó.

—Una simple navaja le bastaría. Y no necesitaría más de un golpe, créame.

—¿Cuánto me costaría eso, Rod?

—Mil «pavos», jefe.

Los dedos de Melley tamborilearon sobre la mesa.

—¿Qué te parece a ti, Karman? —consultó.

El aludido se encogió de hombros.

—Si es tan efectivo como dice Rod...

—Escuche, jefe, deme los mil dólares. Si mi amigo falla, descuéntemelos del sueldo.

La seguridad de Peal impresionó muchísimo a Melley.

—Está bien —abrió un cajón, contó los billetes y se los entregó al pistolero—. Recuerda, no quiero fallos.

—No los habrá —contestó Peal, seguro de lo que decía.

Melley y Carmann quedaron solos.

—Espero dormir pronto con tranquilidad —dijo el primero.

—Melley, usted tiene alguien que le manda —manifestó Carmann—. Yo no le pregunto por su nombre, porque sé que no me lo diría. Pero sí me gustaría saber por qué razón permite usted que otro le dé órdenes.

El dueño del local lanzó un juramento.

—¿Crees que me gusta? ¿Te parece que obedezco voluntariamente?
—respondió de mal talante.

Carmann guardó silencio.

El auténtico jefe, pensó, conocía algún secreto de la vida de Melley que obligaba a este a acatar órdenes, le gustase o no.

«Sería curioso conocer ese secreto —pensó Carmann—. Curioso y conveniente. Podría obtener buenos beneficios de tal conocimiento».

CAPÍTULO XIV

Lou Light se estremeció al conocer la aventura corrida por Stayner.

—Pudo haber muerto usted —dijo.

—Este es un asunto en el que siempre existe el riesgo —contestó él, sonriendo.

Lou meneó la cabeza pesarosamente.

—Ahora me arrepiento de haberle buscado...

—¿Por qué? En cambio, yo lo celebro infinito, Lou.

Ella guardó silencio un segundo. Stayner observó que se mordía los labios nerviosamente.

—¿Se siente inquieta? —preguntó.

—Sí —contestó Lou.

—¿Puedo conocer los motivos?

—No me haga más preguntas, se lo ruego. Ahora... casi lamento haber ido a verle a usted.

—Lou, usted vino a pedirme que investigase la muerte de Sybil Foreman. Además del asesinato, hay pendiente una suma de setenta y cinco mil dólares.

—Es cierto.

—Bueno, yo trabajo en la investigación que usted me encomendó. No me parece que lo haga mal del todo.

—En absoluto, pero, insisto, está corriendo demasiados riesgos.

—No lo crea, Lou. De todas formas, vamos a dejarlo. ¿Qué era Sybil para usted?

Lou titubeó.

—Mi hermana —confesó.

—¿Empleaba otro apellido?

—Sí, el de su esposo. Era viuda. Su marido falleció al año de casados.

—¿Y los setenta y cinco mil dólares?

—Es el importe de la póliza del seguro de vida de Bob Foreman.

—El cual le corresponde a usted como heredera de su hermana.

—Así es, Jerry.

—Bueno, ¿y por qué no ha reclamado esa herencia?

—¿Es que no lo comprende? Fuera de usted, nadie sabe que Sybil y yo éramos hermanas. Tengo miedo de que Melley haga algo si se entera...

—Lou, sospecho que sus aprensiones no tienen fundamento. A Melley no le importaría nada el parentesco.

—Se equivoca usted. Sabe que Sybil tenía ese dinero, en el Banco,

naturalmente, pero no pudo conseguirlo. A mí me obligaría a entregárselo y no con buenas palabras, por supuesto.

—¡Caramba con Melley! ¡No perdona una! —se asombró Stayner.

—Se ve que no conoce a Melley —dijo Lou—. Toda mi vida lamentaré haber aceptado el contrato para cantar en su local.

Stayner sonrió.

—En eso creo que se equivoca, aunque no insistiré por el momento —declaró. Consultó su reloj—. Bien, creo que se nos hace tarde. ¿Adónde va usted?

—Al Melley's. Tengo que actuar dentro de una hora.

Stayner y Lou salieron del Red Bowl, local donde ordinariamente se celebraban sus entrevistas. Ninguno de los dos se percató de la vigilancia de que eran objeto por parte de un tipo llamado Flipper Bill.

La pareja se separó en las inmediaciones del Melley's. Stayner no quiso llegar hasta el local, por razones de prudencia.

Luego emprendió el regreso a su casa. Tenía que hacer algo importante y emplearía bastante tiempo.

Un cuarto de hora más tarde, se apeó del coche, cruzó la acera y entró en el edificio. La noche había caído ya.

Entró en el ascensor al mismo tiempo que un tipo de mediana estatura, delgado y de nariz afilada. Stayner no conocía a Flipper Bill ni sabía que este tenía mil dólares en el bolsillo, recibidos la víspera.

Apenas arrancó el ascensor, Flipper sacó una navaja y la clavó en el pecho de Stayner.

No era el primer golpe que Flipper descargaba contra un pecho humano. Tenía la seguridad de haber acertado a la primera.

La víctima permaneció en pie, sonriente.

Flipper se desconcertó.

—Pero, ¿qué diablos...?

Y volvió a clavar la navaja.

Stayner se la quitó con suavidad.

—Amigo, cuando vayas a apuñalar a alguien, cerciórate antes de que tu presunta víctima no lleva puesto un chaleco blindado —dijo.

Flipper se puso a temblar.

La caja del ascensor era un lugar ideal para liquidar a un hombre. Flipper pensaba haber salido unos pisos más arriba, enviando luego el ascensor hasta el final de su recorrido, para descender él por las escaleras. Pero su plan había fallado estrepitosamente.

Stayner continuaba sonriendo.

—Si te parece —dijo—, hablaremos, pero en mi casa.

Flipper tenía una nuez muy prominente. Stayner vio que subía y bajaba convulsivamente.

—Sí, hablaremos en casa —repitió Stayner, muy amable.

El teléfono sonó de pronto.

Melley levantó el aparato. Escuchó un momento y luego se lo tendió a Peal.

—Es para ti —indicó.

Peal se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Flipper? —dijo.

—Sí, el mismo. Escucha, Rod, todo está listo.

—Magnífico. Cuando nos veamos, tomaremos unas copas para celebrarlo.

Peal volvió el teléfono a la horquilla.

—Jefe, ya puede dormir tranquilo esta noche —anunció significativamente.

Melley exhaló un gran suspiro de alivio.

—¡Por fin!

Peal se volvió y miró, ufano, a Carmann. En silencio, le dijo: «¿Lo ves, estúpido? Sin tantas complicaciones y por mil cochinos dólares, nos hemos quitado de en medio a ese maldito Stayner».

Carmann guardó silencio. Melley dijo:

—Karman, cuando Lou termine de cantar, dile que entre a verme. Ahora, salid los dos.

Melley quedó solo. Tenía la vista fija en el teléfono mientras marcaba un número; por eso no se dio cuenta de que Carmann había dejado la puerta sin cerrar del todo.

Peal se fue al bar. Carmann quedó junto a la puerta.

La voz de Melley salió a través de la rendija:

—Jefe, Stayner ya no nos molestará más.

Pero Carmann, naturalmente, no podía oír la respuesta del interlocutor de Melley:

—¿Seguro, Jus?

—Segurísimo, señor.

—Muy bien. Celebraré la buena noticia como se merece. ¿Alguna otra novedad?

—Quizá pueda dársela mañana —contestó Melley, pensando en Lou Light.

Carmann oyó el golpe del teléfono contra la horquilla y se sintió decepcionado. Melley no había pronunciado ningún nombre que pudiera darle la menor pista.

¿Se iba a quedar sin conocer el nombre del auténtico jefe de la organización?

Lou tocó con los nudillos en la puerta y esperó unos instantes. Melley abrió en persona casi en el acto.

—Pase, pase —invitó el sujeto, con la mejor de sus sonrisas.

Lou entró en el despacho. La amabilidad de Melley le infundía recelos.

—¿Una copita? —sugirió el dueño del local.

—Gracias, es tarde ya —rechazó ella.

—Muy bien, a su gusto. Yo sí me la tomaré.

Lou permaneció erguida en el centro del despacho. Melley llenó su copa y luego tomó un sorbo, sin dejar de contemplar la esbelta silueta de la joven.

—Lou, tengo que decirle una cosa —habló Melley al fin—. Usted sabe que su contrato finaliza dentro de dos semanas.

—Sí, aunque no es una cosa que me quite el sueño —contestó ella secamente.

—¿Por qué? Es un contrato muy beneficioso...

—Que no pienso prorrogar ni por el doble de lo que gano ahora.

—Caramba, me deja usted perplejo, Lou.

—¿Acaso esperaba que le pidiese una prórroga?

Melley se sentía un tanto desconcertado.

—Está bien —dijo, rehaciéndose—. Tampoco yo pensaba prorrogarle el contrato.

—En tal caso, estamos de acuerdo y es inútil que sigamos hablando más, ¿no le parece?

Lou dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Aguarde un momento, Lou!

La chica se detuvo y giró en redondo.

—¿Qué quiere ahora, señor Melley? —preguntó.

—Todavía no hemos terminado de hablar.

—Yo creo que...

—Espere, diablos, déjeme terminar. Lou, usted puede seguir trabajando aquí, aunque no en el escenario...

Ella le miró con infinito desprecio.

—No siga por ese camino, señor Melley —contestó—. Ya me ha insinuado lo mismo en un par de ocasiones y siempre he dicho que no a sus repugnantes proposiciones. Respecto a ese... «empleo», jamás cambiaré de opinión.

—Eso es lo que usted cree —sonrió Melley.

—Puede tener la seguridad de que no conseguirá nada de mí. Y ahora, puesto que ya conocemos nuestras respectivas posiciones, será mejor que me marche.

—Lou, usted se cree muy protegida por Stayner, pero no es así.

—El señor Stayner es un hombre decente, cosa que no se puede decir de usted —replicó ella agudamente.

—El señor Stayner ya no es nada, Lou.

La sangre se retiró en el acto de la cara de la joven.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Sencillamente, que su amiguito ya no pertenece al mundo de los vivos —declaró Melley con no disimulada alegría—. Lo cual significa que, tanto si le gusta como si no, usted hará lo que yo le mande. ¿Está claro?

Lou le miró un instante con ojos desorbitados. Luego, de pronto, exhaló un agudo gemido y huyó, tambaleándose, sintiéndose morir.

Melley continuaba sonriendo.

—Ya volverás, paloma —dijo.

CAPÍTULO XV

Stayner terminó de meter los aparatos en un maletín y se dirigió hacia la puerta.

—Eh, ¿cuándo me va a soltar usted? —inquirió Flipper Bill.

Stayner se volvió para mirar a su prisionero. Flipper estaba tendido sobre un pesado diván, al cual le había asegurado con sólidas ligaduras.

—Lo siento, pero todavía tendrás que pasar algún tiempo en esa incómoda postura —respondió el joven—. Como comprenderás, no voy a permitir que avises a tus amigos de que has fallado con tu navaja.

Flipper se quedó solo en el piso, maldiciendo amargamente el día en que se le ocurrió aceptar los mil dólares de Rod Peal. Habían transcurrido ya veinticuatro horas desde su captura y Stayner solo le había soltado en ciertos momentos imprescindibles, volviéndolo al diván inmediatamente.

★ ★ ★

Melley consultó su reloj.

—Lou no ha venido hoy —dijo—. Rod, hay que ir a buscarla y traerla aquí como sea. Que te ayude Alfie, si lo estimas necesario.

—Alfie no está aún en condiciones...

—¡Es un vago! —gruñó Melley—. ¿Va a pasarse un año convaleciendo de un simple porrazo?

Peal se encogió de hombros y salió del despacho. El teléfono sonó tres veces en aquel momento.

—Sal, Karman —ordenó Melley.

Carman obedeció. Como la vez anterior, dejó la puerta abierta.

—Diga —habló Melley cuando el teléfono sonó de nuevo.

—Esta noche, cuando termine, venga a verme, Jus.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó Melley, intrigado.

—Se lo diré cuando nos veamos. Ah, y tráigase el libro de tapas rojas.

—¿Cómo?

—¡Ya lo ha oído, Jus! Quiero guardar ese libro yo mismo.

—Aquí está seguro...

—Ha dejado de estarlo, ¿comprende?

—A decir verdad, no, señor.

—Jus, las explicaciones más tarde, con mucho más detalle y en seguridad. Ahora sí lo entiende, ¿no es cierto?

Melley suspiró resignadamente.

—Sí, señor. Me esperará en el sitio de costumbre, por supuesto —contestó.

—Exactamente. Allí estaré a las tres y media en punto.

Sonó un clic. Carmann se retiró sigilosamente de la puerta. Se había sentido tentado de entrar apenas terminó la comunicación, pero se lo pensó mejor y decidió esperar.

Desconocía la combinación de la caja fuerte. Era mejor que Melley la abriese y sin coacciones, además.

La identidad del jefe le importaba un rábano. Con el libro rojo en su poder, podría construir su propio imperio.

Y nadie le disputaría el poder.

Pero hasta llegar al objetivo, debería atravesar algún obstáculo. Sin ruido, por supuesto.

★ ★ ★

Rod Peal se quedó atónito al oír la respuesta de su compinche.

—De modo que no quieres venir —dijo.

—No —respondió Hardney abruptamente—. Leo los periódicos y me doy perfecta cuenta de que las cosas se están poniendo muy calientes. Estoy ya curado y mañana me largo de Brereton Springs para una larga temporada. No tengo ganas de que me envíen a la sombra una docena de años. ¿Lo entiendes ahora?

Peal se encogió de hombros.

—Como tú quieras, Alfie —se despidió.

Peal abandonó el piso de Hardney dándose a todos los diablos. Y ahora, pensó, ¿cómo iba a llevar a la chica al Melley's?

Se tanteó la pistola que llevaba en la chaqueta. Bastaría enseñarle el arma para que Lou Light mantuviese el pico cerrado.

Para sorpresa suya, la cantante no estaba en su casa.

Peal llamó varias veces, sin obtener respuesta. Al fin, se decidió a forzar la puerta con el mayor cuidado, comprobando a poco, con gran desconcierto, la ausencia de Lou.

—¿Dónde diablos se habrá metido esta fulana? —masculló, sin poder ocultar la irritación que le producía el hecho.

En aquellos momentos, Lou llamaba a la puerta del piso de Stayner.

Después de la noticia había tratado de reflexionar. Los periódicos no habían dado ninguna información sobre la muerte de Stayner.

Claro que su cadáver podía haber desaparecido, pero Lou quería cerciorarse una vez más antes de aceptar la noticia como definitiva.

En el piso de Stayner no había nadie, pero Lou no se desanimó por ello.

Bajó a conserjería y se enfrentó con el encargado del turno de

noche.

—Necesito la llave maestra —dijo.

El hombre hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Adónde quiere ir? ¿No sabe que eso está prohibido, señorita?

—Necesito entrar en el piso del señor Stayner. Quiero comprobar su muerte.

El conserje puso unos ojos como platos.

—¿Su muerte? ¿Está segura de lo que dice?

Lou vaciló.

—Un amigo suyo me dijo...

—Señorita, temo que su amigo le informó mal. A menos que haya muerto después, hace dos horas, el señor Stayner estaba vivo y gozaba de una magnífica salud.

—¿Qué? —gritó la muchacha.

—Ya lo oye usted. Yo mismo le he visto salir a las ocho de la noche, una hora después de haber entrado en mi turno.

Lou cerró los ojos un instante. Mentalmente, rezó una oración de gracias.

—¿No sabe adónde ha ido? —preguntó.

—El señor Stayner no tiene por costumbre anunciar el lugar al que se dirige cuando sale de casa, señorita —respondió el conserje.

★ ★ ★

Jus Melley consultó la hora. Había llegado el momento de acudir a la entrevista.

Era hombre prevenido y así se preparó una pistola con silenciador. Luego abrió la caja y sacó el libro de tapas rojas.

El instinto le dijo que aquella noche se iban a solucionar muchos problemas pendientes.

«Mejor dicho, uno solo», pensó para sus adentros.

Metió el libro en una cartera de mano, de cuero negro, y se dispuso a salir. Entonces se dio cuenta de que olvidaba la pistola.

Volvió a la mesa. Cuando se inclinaba hacia el cajón donde había dejado el arma, oyó una voz:

—Deme esa cartera, jefe.

Melley alzó los ojos lentamente. A tres pasos de distancia, frente a la mesa, estaba Carmann.

Un profundo silencio gravitó sobre el despacho. Los dos rufianes se contemplaron recíprocamente durante unos segundos.

—¿He oído bien, Karman? —inquirió Melley al fin.

—Ha oído perfectamente, jefe... Perdón, ex jefe —se corrigió Carmann con acento de burla—. A partir de ahora, no quiero que nadie mande sobre mí.

—Entiendo. Tratas de convertirte en el amo del cotarro.

—Justamente... lo que, en su caso y dado su nombre, es un calificativo muy apropiado, Justus Melley.

El dueño del local miró la pistola que le encañonaba.

—¿Por qué haces eso, Karman? —preguntó.

—Ya le he dado antes una explicación. Escuche, Jus, he podido darme cuenta de que el verdadero jefe le obligaba a usted a obedecer, sin duda porque podía hacerlo. Ese tipo debe de conocer algún secreto suyo, algo que hizo usted hace mucho tiempo. No debe de ser nada bueno, porque de lo contrario, usted no le obedecería como un manso corderillo. Pero no tiene sobre mí ningún poder, ¿me entiende?

—Se te entiende perfectamente, Karman. Pero, ¿crees que podrás...? Carmann sonrió malignamente.

—Ya lo creo que podré —contestó—. Es más, averiguaré quién es el tipo y haré que lo liquiden. Verá, estoy pensando, además, que es muy posible que le deje a usted continuar al frente del local. Rinde mucho, ¿sabe? y no es cosa de perder los saneados beneficios que proporciona. ¡Pero yo seré el jefe y mis órdenes se obedecerán sin rechistar!

—Estás muy seguro de lo que dices, Karman.

—Lo estoy. Y basta ya de hablar. Deme su cartera o disparo.

Melley inspiró con fuerza. No le gustaba hacerlo, pero tampoco le quedaba otro remedio.

—Ahí va —dijo.

La cartera voló por los aires y golpeó el pecho de Carmann. Sorprendido, el secretario vaciló, mientras la cartera caía al suelo.

Para entonces, Melley ya tenía su pistola en la mano. Antes de que Carmann se recobrase, abrió fuego.

Disparó tres veces. Carmann se agitaba todavía débilmente y le metió el cuarto proyectil en la cabeza.

La pistola apenas hizo ruido. Melley sacó un pañuelo y se limpió el sudor que corría por su frente.

En aquel momento se abrió la puerta. Peal entró en el despacho y se encontró con un cuadro completamente inesperado.

—¡Rayos! —exclamó.

Melley tenía ya la cartera en la mano.

—Karman quiso atacarme —dijo sucintamente.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Peal, todavía desconcertado.

—Se le habían subido los humos a la cabeza. A propósito, ¿dónde está Lou?

—Lo siento, jefe; ha debido de irse de la ciudad. No la he encontrado por ninguna parte.

Melley se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. Ya la encontraremos. Ahora tengo otras cosas más importantes que hacer. Encárgate de ese fiambre, ¿quieres?

—Sí, jefe.

Melley se dirigió hacia la puerta. Peal se quedó solo con el cadáver de Carmann.

—Menudo compromiso —masculó.

Estuvo dudando unos instantes. Luego se agachó para variar de postura al cadáver.

Entonces vio bajo la mesa algo que le hizo sudar copiosamente. Su primera intención fue avisar a Melley, pero desistió casi en el acto.

—Alfie tenía razón —dijo—. Las cosas se están poniendo demasiado calientes en esta ciudad.

Y escapó sin preocuparse más del cadáver de Carmann.

CAPÍTULO XVI

Un hilo muy bien disimulado establecía una conexión con el teléfono e iba a parar a un diminuto emisor de radio, situado bajo la parte central de la mesa de despacho. El aparato, además, tenía un micrófono muy sensible, con el que era posible captar todas las conversaciones que se producían en la estancia, tanto telefónicas como de viva voz.

Sentado en su coche, que había estacionado en un lugar discreto, Jerry Stayner oyó cuanto se hablaba aquella noche en el despacho de Melley. Captó también el diálogo final con Carmann y oyó los sordos estampidos que anunciaban el fin de la existencia del rufián.

Sintióse tentado de intervenir; pero prefirió esperar. No tardó en escuchar la voz de Peal.

Desde su observatorio, podía ver perfectamente el Melley's. Cuando vio que su dueño salía del local, puso el motor en marcha y arrancó sigilosamente detrás de su presa.

Stayner había escuchado el diálogo de Melley con el desconocido que era su jefe. La voz de este le había resultado conocida, aunque no acababa de localizar su ubicación en una fisonomía humana.

—La pobre Lena me habría hecho mucha falta —se dijo, con cierta amargura, mientras mantenía la vista fija en las luces rojas del coche que le precedía.

Media hora más tarde, Stayner vio que Melley se metía por un camino lateral. Apagó todas las luces de su coche y le siguió con grandes precauciones.

A poco vio que el coche de Melley se detenía. Frenó y saltó al suelo, deslizándose sigilosamente por el borde del camino, buscando la parte más sombría de los árboles y matorrales. Había una brillante luz lunar y el camino aparecía como una cinta blanca, en la que destacaría fácilmente cualquier objeto voluminoso.

Melley se detuvo en un cruce de caminos. A los pocos momentos, llegó otro automóvil.

Un hombre se apeó del vehículo.

—¿Jus? —llamó.

—Sí, señor —contestó Melley.

—El libro —pidió el recién llegado.

—¿Cómo?

—Démelo.

—Pero...

—Vamos, Jus, no me haga perder el tiempo. Tengo mucha prisa.

—Espere un momento. No creo que le importen demasiado dos o tres minutos más.

—Está bien —accedió el otro—. ¿De qué se trata?

—Usted tiene algo que me compromete gravemente.

Se oyó una risita burlona.

—Noticia fresca, Jus.

—¿No... no podría dármelo...? —suplicó Melley.

—¡Qué cosas se le ocurren! Ese documento es garantía de que usted me obedecerá en todo momento, Jus.

—Tengo una pistola. Puedo matarle, Barton Gwern —dijo Melley cortantemente.

—En tal caso, revisarán mis documentos y usted irá a la cárcel para el resto de sus días —respondió Gwern tranquilamente.

—¿Y si corro ese riesgo?

Hubo un momento de silencio.

—Inténtelo, Jus —le desafió Gwern al fin.

Melley vaciló. Gwern volvió a reír.

—¿Lo ve? No se atreve, Jus. Vamos, deme el libro —exigió.

—Pero, ¿por qué...?

—Jus, sospecho que usted y su pandilla me han estado engañando en la cuestión de ingresos. El negocio seguirá como hasta ahora, solo que yo llevaré la contabilidad y no permitiré que me falte un solo centavo de la parte que me corresponde. ¿Lo entiende ahora?

Melley vaciló. De repente, un arranque de ira le cegó y echó mano a su pistola.

Consiguió incluso sacar el arma, pero Gwern fue más rápido y le metió tres balas en el cuerpo. Melley gritó ahogadamente y cayó al suelo.

Gwern soltó una maldición. Tras vacilar un instante, se acercó al caído y recogió la cartera. En el mismo momento, un violento chorro de luz le dio de lleno en el rostro.

—Gwern, será mejor que levante los brazos —sonó una voz imperativa—. Le estoy apuntando con una pistola y haré fuego al menor movimiento sospechoso.

★ ★ ★

La sorpresa de Gwern fue enorme.

Durante unos segundos, estuvo paralizado por el asombro. Trataba de ver el lugar donde se hallaba el desconocido, pero el resplandor le daba de lleno en los ojos, deslumbrándole por completo.

—Vamos, suelte el arma —insistió Stayner.

Gwern trató de recobrarse.

—Me parece que esa voz la conozco yo —dijo.

—En efecto. Hemos hablado un par de veces, señor Gwern. Claro que cuando fue a verme a mi despacho no se me ocurrió que su pretendido contrato no era más que una treta para alejarme de Brereton Springs.

—Lamento no haberlo conseguido. Aunque usted no lo crea, la oferta era sincera —dijo Gwern.

—¿Cómo se entiende eso? —exclamó Stayner—. El aserradero de Portland, sus negocios de Brereton Springs... ¿Qué idea le dio de meterse en una organización criminal?

Gwern se encogió de hombros.

—Supongo que un psiquiatra sabría explicarle mejor que yo —contestó—. Pero el dinero no es ajeno del todo a este asunto.

—Yo soy psiquiatra también, y me imagino que hay algo más que dinero —manifestó Stayner—. Megalomanía, señor Gwern. Para que lo entienda mejor, ansia de poder.

—Es posible —contestó el otro con indiferencia.

—Señor Gwern, hay varias muertes de las cuales deberá usted responder...

—No encontrarán pruebas —le interrumpió Gwern.

—Su asesino profesional, el que usted contrataba reservadamente, habrá dejado alguna pista. McCobb no actuaba gratuitamente. Será fácil seguir el rastro del dinero que recibía por matar a las chicas que pretendían salirse de su infamante organización.

Gwern calló.

—La que lo intentaba, moría infaliblemente —siguió Stayner—. Era un castigo y también una advertencia para las demás. ¿Me equivoco?

—Prefiero no contestar. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Monté una emisora de radio en el despacho de Melley.

—¡Ese maldito estúpido! —dijo Gwern, furioso.

—Usted le tenía dominado. ¿Qué documento acusador tenía contra él?

Sorprendentemente, Gwern se echó a reír.

—Ninguno —respondió—. Es cierto que hizo algo y yo lo sabía, pero no tenía ninguna prueba. Naturalmente, Melley lo ignoraba.

Stayner meneó la cabeza.

—Era un negocio que un día tenía que terminar —dijo.

—¡Todavía no! —exclamó Gwern repentinamente.

Disparó dos veces y la linterna saltó por los aires. Sonó una carcajada de burla en la oscuridad.

—Estaba apoyada en la horquilla de un árbol —rió Stayner desde otro sitio.

Gwern maldijo profusamente. Se volvió hacia el lugar donde había sonado la voz del joven, pero en el mismo instante varios focos

concentraron sobre él sus haces de luz.

—Está rodeado, Gwern —tronó una voz—. Tire el arma y entréguese.

Gwern se quedó paralizado por el asombro. De pronto, rotos los nervios, echó a correr, a la vez que disparaba el arma de nuevo.

Al otro lado de los reflectores brillaron varios relámpagos rojos. Gwern se tambaleó y cayó junto al estribo de su coche.

—Ya puede salir, Stayner —gritó el teniente Creed.

Stayner hizo su aparición en el círculo de luz.

—Vaya sorpresa —comentó.

Creed sonrió.

—Para usted, sí —dijo—. Para nosotros, no, claro, excepto en lo que se refería a la identidad de Gwern.

—Pero, ¿cómo...?

—Stayner, le hemos estado siguiendo desde el primer día. Naturalmente, nos convenía dejarle actuar. Era usted nuestro explorador y nuestro ariete, todo a un tiempo, ¿comprende?

—Una faena indecorosa —refunfuñó el joven.

—Recuerde las muertes cometidas —dijo Creed.

—Sí, en este caso, el fin justifica los medios.

Un agente se acercó con la cartera en las manos.

—Creo que esto le interesará, teniente —dijo.

—Desde luego —concordó el oficial—. Encontraremos aquí muchas cosas interesantes, ¿no le parece, Stayner?

—Hay cosas que me interesan a mí más que una libreta de direcciones —respondió el joven, a la vez que echaba a correr hacia su automóvil.

★ ★ ★

Cuando vio al hombre que estaba en la puerta, Lou se colgó de su cuello apasionadamente.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le reprochó.

Stayner sonrió.

—Era mejor que creyeses que estaba muerto —contestó.

—Pero yo llegué a averiguar que no era cierto...

—Aun así, me convenía guardar silencio. Bien, Lou, debes saber una cosa: tu contrato con el Melley's ha terminado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Lo digo yo. ¿No es suficiente?

Lou sonrió.

—Tengo que aceptarlo —dijo—. Pero, ¿qué ha sido de Melley?

Stayner la abrazó con fuerza.

—Nena, las explicaciones en otro momento —respondió.

Lou encontró muy aceptable aquella respuesta. Stayner estaba vivo y era todo lo que le importaba en aquellos momentos.

De repente, Stayner lanzó una exclamación.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, alarmada.

—¡Flipper Bill! ¡Me había olvidado de él!

—¿Quién es ese tal Flipper, Jerry? —preguntó Lou, extrañada.

—El hombre que intentó apuñalarme. Lo hizo, desde luego, pero yo tenía puesto un chaleco blindado... Flipper está en mi casa, atado...

Lou retuvo al joven por un brazo, cuando Stayner ya se dirigía hacia la puerta...

—Jerry, ¿no te parece que Flipper puede esperar aún algunos minutos más? —preguntó.

Stayner miró a la muchacha y sonrió.

—Es cierto —convino—. Hay otra cosa que no puede esperar —añadió, inclinándose para buscar los labios de Lou. Era algo mucho más urgente que soltar a un asesino fracasado.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España